

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 3 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Estado de alma de las juventudes actuales... *Leonardo Pena*
 El centenario del romanticismo... *Jaime Torres Bodet*
 Margarita Ogilvy (I)... *James M. Barrie*
 Carta a Esteban Pavletich... *Alberto Masferrer*
 Vengo del Eterno y a él voy... *Ella*
 La voz del paisaje... *Amanda Labarca A.*
 1916-1928 (Notas al viaje de Ortega y Gasset)... *Fernando Vela*
 Página lírica... *Alida María Hidalgo*

El paso de Haya de la Torre por Costa Rica... *Carmen Lyra*
 El saludo de Barbusse a Sandino... *H. Tejera y H. Barbusse*
 El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica (y 3)... *Mayda Portal*
 José Ortega y Gasset... *Ramón Gómez de la Serna*
 Apreciación... *Max Jiménez*
 Tablero (1928)

Estado de alma de las juventudes actuales

Paris, 6 de octubre 1928.
 10, Rue Albert de Lapparent.
 (VII)

Señor don Joaquín García Monge

San José.

Mi querido amigo:

Comprendiendo que su Repertorio se transforma, cada día, más y más, en el repertorio de la América española y temiendo faltar al rendez-vous que allí se dan todos los escritores de nuestro continente, he estado tentado, muchas veces, de recurrir a su proverbial hospitalidad; pero, escrúpulos de conciencia, me han retenido. ¿Es que tenía algo nuevo que decir? ¿O siquiera, algo interesante?

Hoy, creo que toco un punto encendido y magnífico sobre el cual me encantaría conocer la opinión de la juventud de América. ¿Sería mucho pedirle, si le pido a Ud., para escuchar esas voces, el amparo de sus columnas?

Su amigo affmo.

Leonardo Pena.

PARA todos aquellos que tienen una frecuentación asidua de la historia de las ideas, es un hecho fehaciente, que el mundo moderno pone alrededor de un siglo en usar una forma de civilización.

En cuanto una sociedad manifiesta signos evidentes de decadencia; en cuanto un régimen político es incapaz de satisfacer las aspiraciones comunes; en cuanto una doctrina filosófica, artística o literaria, deja de llenar el espíritu de su época, las jóvenes generaciones empiezan a inquietarse, no tardando en nacer en ellas un nuevo estado de alma, con cuanto ese estado comporta de gusto nuevo, de sensibilidad nueva, de idiosincracia nueva y de nueva concepción de la vida. Y bajo el peso de ideas y de fórmulas en las cuales han cesado de creer, no tardan en arrojarse a la lucha, poniendo en ella la vehemencia y el afán de absoluto que caracteriza todo fervor de juventud.

Tal fué, por ejemplo, la *ruptura* que se produjo en Francia a principios del siglo xvi, cuando las candorosas y tetricas certidumbres, que no le daban ninguna importancia a la alegría de vivir y que mantenían los espíritus en una especie de caos luminoso, empezaron a ser barridas por el viento que soplaba de Italia (en donde acababan de ser descubiertas las antigüedades griegas y latinas), para dar paso a la ardiente aspiración de poseer, de penetrar y de asimilar los tesoros de experiencia humana y de belleza poética, contenidos en las obras de aquellas dos grandes literaturas.

Tal fué, igualmente, la *ruptura* que se produjo durante el reinado demasiado corto de Enrique IV, cuando la Pléyade fué suplantada por el genio amanerado y vigoroso de Malherbe; la que se produjo a la muerte de Luis XIV, con el cambio total de atmós-

fera entre los grandes clásicos cristianos y el joven Voltaire, y la que se produjo luego, a raíz de la Revolución Francesa, entre los volterrianos y los ideólogos de una parte y entre los volterrianos y los románticos de otra; rupturas todas que, teniendo en un principio, un carácter netamente intelectual, concluyeron por influir de una manera positiva sobre las costumbres y las instituciones de sus épocas respectivas.

Igual cosa puede decirse de la «ruptura» de la hora presente, comenzada en los principios del siglo xx, con la reacción que necesariamente debía provocar la era de materialismo y de racionalismo *à outrance* que acababa de envolver al espíritu humano, y que los cataclismos políticos, sociales y económicos producidos por la guerra, no han hecho sino ahondar.

En todas las épocas, las nuevas generaciones, desconociendo con implacable vehemencia, las garantías de orden y de seguridad que, tanto en el dominio social como en el moral, aporta todo pasado y sin hacer el menor esfuerzo para aclimatar ese pasado al presente, han tenido una marcada tendencia, no sólo a cubrir de igual desprecio, la inquietud y el ideal de sus mayores, sino también, a destruir cuanto aquellos han organizado. Es que las juventudes creen que, delante de las sociedades que las han visto nacer, no les queda más que un camino honroso: demoler un estado de cosas, en el cual su sentido de justicia y de humanidad, se acomoda mal. Y si ello implica la aceptación explícita de estados revolucionarios, que la mayor parte de las veces, son generadores de durezas infinitamente mayores, es preciso convenir que una juventud sin ardor destructivo, sin ímpetu, sin arrebatos, está muy expuesta a ser una

juventud perdida para el amor, perdida para la lucha, perdida para la vida. Sólo la odiosa y divina fe en sí mismo, es fuente de lirismo interior, de ese lirismo que organiza a los héroes y que crea a los poetas.

A pocas generaciones les ha asistido, sin embargo, mayor justicia y razón, para juzgar severamente a sus antepasados, que a las generaciones actuales. La lección del siglo xix había substituido en ellas, la fe revelada y la moral que de esa fe se desprendía, por el imperativo categórico de Kant y por esa conciencia rousseauiana cuya creciente infatuación, a todo lo largo del siglo pasado, empieza a ser un asombro del pensador; nociones ambas demasiado falaces y engañosas, para no empujar sus jóvenes espíritus hacia una apasionada rebelión. Por otra parte, mientras el siglo xix vivió de un mito: el progreso, mito que gobernó despóticamente a cuantos tuvieron el espíritu de su siglo, él ha cesado de existir para las generaciones formadas por la guerra, las cuales han perdido completamente la fe social y política de sus padres, ya que el liberalismo, la democracia y en general, las ideas e instituciones conquistadas con tanto trabajo por aquéllos, no han hecho sino conducir el mundo a la más horrenda de las catástrofes. Y de ahí que la característica esencial de las juventudes actuales—juventudes que la ciencia había traicionado, que la libertad iba a traicionar y que, cada día, ha visto desprenderse una nueva idea de su florón intelectual—sea un sentimiento de incertidumbre y de malestar, una especie de duda angustiosa que, contrastando con las generaciones anteriores, que fueron de un optimismo desbordante y agresivo, las hace profundamente pesimistas.

Pero, aparte de esa razón moral, hay otras no menos apremiantes e imperiosas, que contribuyen también a acentuar el pesimismo de las generaciones actuales: la dificultad para ganarse la vida, que es infinitamente mayor que antes de la guerra, y, sobre todo, el hecho de que viviendo en un mundo únicamente preocupado de reconstituirse económicamente, su espíritu se siente como ahogado bajo el más rudo materialismo. Porque, al espíritu de conquista y de aventura y aún a las tristezas de la desilusión, ha sucedido la satisfacción egoísta del ser material presto a reemplazar las quimeras por lo positivo, y el ensueño, por el número y presto a consolarse de los desfallecimientos del mundo moral y de las decepciones de la inteligencia, en el mundo de los negocios. Ya no se pretende crear

literaturas o filosofías nuevas; ahora es a las alianzas victoriosas con la materia a las que se acude. Favorecido por los elementos que humillan a la sabiduría humana y sobreexcitado por instituciones que le quitan al pensamiento, su responsabilidad y su iniciativa, ese progreso de nuevo género, se ha convertido en la voz de orden, en el símbolo, en el credo de una época que no quiere soportar la humillación de creer, ni el dolor de dudar. Así, no encontrando campos suficientes para desarrollar su acción, las juventudes intelectuales se sienten desorientadas, porque lo que la juventud teme y ha temido siempre, no es la hostilidad, ni la lucha, sino la inercia.

Y ¿puede darse nada más inerte que nuestras democracias materializadas, en donde ninguna idea consigue remover las masas, en donde las coaliciones de intereses, paralizan todo esfuerzo honrado o generoso y en donde las grandes causas abortan en pequeños efectos; los grandes programas, se convierten en pequeñas obras; las grandes esperanzas se transforman en pequeñas cóleras y las grandes ilusiones adquieren la forma de pequeñas pasiones? Como una premisa segura puede, pues, establecerse, que ese imperialismo desorganizador que se llama *política* está casi totalmente descartado del pensamiento de la juventud actual, convencida, como se halla, no sólo de la imposibilidad, sino de la inutilidad de hacerle inyecciones de inteligencia.

Y esa es la razón también, por la que los jóvenes se inclinan, cada día más, hacia el deporte, que no es sólo una manifestación—negativa, pero constante—de la indiferencia, cuando no de la hostilidad, hacia un mundo en donde la acción no es la hermana del ensueño, sino también el derivativo en donde gastan sus excesos de energía y su necesidad de combate. Porque, no hay que olvidar que las nuevas generaciones, educadas por la guerra, la que les ha inculcado el hábito de la organización, del rango y de la ofensiva, son esencialmente

guerreras, de modo que el culto de la violencia es otra de sus características esenciales, como lo prueban las juventudes comunistas y fascistas, que buscan por medios militares, la realización de sus doctrinas. Ellas han conocido demasiadas desilusiones, para no tener el corazón lleno de cólera, lo que las hace, no ya tratar de imponer sus ideas (a la vez reparadoras y destructoras) en nombre de sus conquistas y de sus sueños, sino en nombre de sus decepciones y de sus caídas. Afortunadamente, como aun están revestidas de toda su fiebre guerrera—lo que hace imposible mitigar su fuga juvenil—todavía es tiempo de dirigir las, haciéndoles pensar que la libertad es el más precioso, pero el más frágil de los bienes de esta tierra y que generalmente esas pasiones y esas revueltas humanas que militan en su nombre, no hacen sino conspirar contra ella. «Libertad: ¡qué de crímenes se cometen en tu nombre!» fué la queja, el grito de Mad. Roland. Y es que, sólo cuando la libertad ha sido templada en el agua viva del amor, adquiere la dureza sin tacha del acero. La última característica que resalta en el espíritu de las nuevas generaciones, es la contradicción. No la contradicción entre grupos opuestos, sino en un mismo espíritu, en un mismo individuo.

¿Qué conclusión sacar de todo esto, sino que las juventudes de hoy día no son felices? Ellas pagan los errores de dos siglos de generaciones, lo que debe obligar a todo hombre, no sólo a tener simpatía por ellas, sino a tratar de comprenderlas, sobre todo, si se tiene la ambición de conquistarlas. Porque, no hay que olvidar que, si las ideas se falsean, a veces, en la juventud, los sentimientos permanecen siempre justos y que, si a veces, se cierra el espíritu en ella, en cambio, el corazón queda siempre abierto. Y es que, en definitiva, la desgracia y la excusa de los jóvenes, es de vivir, poseyendo la juventud y el entusiasmo, en un mundo agrotado por la inercia y la vejez.

Leonardo Pena

El centenario del romanticismo

VIVIMOS en una edad de aniversarios: el de Beethoven, el de Góngora, el de Goya. Dentro de muy pronto—¿por qué no ya?—el del Romanticismo. Esta coincidencia de fechas no significa nada en sí, pero, para la época que las reúne, es un estímulo. ¿Contiene un reproche? Convengamos, al menos, en que insinúa una invitación. Recordar lo que otros realizaron, elogiar lo que otras generaciones cumplieron no es una actividad inútil sino para los impotentes. Tal vez ni para ellos. De otro modo ¿qué harían las Academias?

Una conseja muy generalizada quiere que los gustos, las cualidades y los deseos de cada quien se renueven en períodos de siete años precisos, desprendiendo la duración de estas pausas de una verdad relativamente exacta en fisiología. A los siete años concluyen—en los sujetos normales—las primeras tinieblas de la niñez. A los catorce, se inicia la pubertad. A los veintiuno se alcanza, en la mayor parte de las repúblicas modernas, los derechos del ciudadano. Con ellos, esa terrible responsabilidad de elegir que las democracias disimulan a fuerza de mentida improvisación.

Hasta aquí los períodos, bien definidos por la evolución natural del hombre, marcan fronteras muy claras en su pensamiento y en sus gustos. Sería más difícil—pero más agradable—precisar los cambios que siguen y estos durante el curso de cada existencia. De la nuestra, entre las más fáciles de con-

tener. De la de los «hombres célebres», entre las más útiles de reseñar. Veríamos entonces cómo las vidas más lúcidas han sido, a menudo, aquellas que, sobre la solidez de cada período definitivamente edificado, es decir, definitivamente *apaciguado*, levantaron un nuevo piso a la curiosidad.

En los pueblos, como en los hombres (y en la historia de las ideas como en la de los pueblos), el ojo menos educado descubre, con un poco de paciencia, ese ritmo de pausas y de acción que cambia los gustos, las preferencias y las doctrinas, señalándoles un límite, un período de duración. Por desgracia, como las ideas son menos numerosas que el tiempo, lo que da al espectador una primera impresión errónea de unidad sucesiva es el procedimiento de tesis y antítesis fluentes que la humanidad adopta para pensar. Lo que amó hace un siglo, le desagradaba hoy. La volverá a seducir mañana, pero para no atreverse jamás a proponer la síntesis que, en materia de ideas, no es ya un principio, sino la definición misma de la muerte.

Al romanticismo que exaltó las cualidades humanas, que se gozó en describirlas, que hizo de ellas su mundo, su tema, su *inspiración*, ha sucedido un período de crítica, por el intento y el dibujo de las primeras realizaciones, clásico. A la música de Beethoven, se ha vuelto a preferir la de Mozart. En ella buscan los contemporáneos una resonancia, un anticipado eco de

la que aplauden o quisieran aplaudir ahora. El arte del romanticismo había cometido la asimilación de manjares demasiado cuantiosos. La anécdota lo invadía todo: la poesía y la moral, la crítica y el teatro. De aquí que el *tono* de la literatura romántica sea, en total, el de la novela: un lento ritmo descriptivo, con pausas de meditación filosófica y precipitadas caídas en la melancolía de *René* o en la misantropía socialista de Juan Valjean.

Pero no hay crítica verdaderamente útil sin injusticia. Hace falta siempre, al que apunta a la verdad, un poco de error para acertarla, acaso el temblor conmovido que dió a la flecha de Guillermo Tell la precisión de la leyenda. Así, en el juicio de los valores románticos, fué necesario aprontar todos los testimonios: aún los más inciertos, aún los falsos. Especialmente, los más falsos. A la apología del amplio panorama humano de Hugo se opuso la pequeña veta preciosa de Mallarmé. A la novela copiosa de Dickens, la angulosa psicología, la delgada médula emocional de Constant. Impacientes de preferir, los hombres de nuestro siglo no se han dado el tiempo de juzgar. Por eso aceptan en conjunto a Proust, sin inquietarse de lo que debe él mismo a Chateaubriand—que ellos denigran—y se apasionan por Góngora, juzgándolo un *precursor*, en contra de lo que tan atinadamente señala Dámaso Alonso en el estudio que sirve de prólogo a su nueva edición de las *Soledades*. Y es que ni Proust, ni Góngora, son los primeros escritores de este siglo, sino los últimos de otros, desaparecidos. En Proust se congregan—a veces con desorden admirablemente metódico—las cualidades y los defectos de los maestros de la novela romántica francesa, desde Balzac hasta Barbey d'Aureville, reuniendo al autor del *Ultimo Abencerraje* con el de la *Educación Sentimental*. Para castigo de los que juzgan de prisa, la obra del siglo xix a la que se parece menos la de Proust es precisamente la de Stendahl, el menos romántico de los románticos.

Aquietadas las querellas ¿qué mejor homenaje al clasicismo, en este aniversario romántico, que reconocer honradamente lo que el arte—y especialmente la literatura—y especialmente la literatura *nueva* deben al romanticismo odiado?

Desde luego, el color. El color, que es una orgía en Delacroix, una conciencia en Wagner y, más que una cualidad, una condición, una *necesidad* de la poesía de Hugo y de Espronceda, de Byron y de Musset. A propósito de esta herencia romántica del color en la literatura dice Ortega y Gasset en una de las páginas justas de *El Espectador*: «Con divinas excepciones, todo verso, toda prosa prerromántica nos parecen hoy cuerpos, materia exánime de lívidas formas y venas sin licor ni latido. Un párrafo latino o griego es, al tacto, frígido como el bronce o el mármol». Sí y esto es cierto aún tratándose de los más puros, de los más queridos de los clásicos. Hay que buscar una página *de color* en Racine—por ejemplo el relato de la muerte de Hipólito, en *Fedra*—para obtener una noción precisa de lo poco que interesó a los clásicos una de las bellezas que más impresionaron la retina del hombre moderno: el color⁽¹⁾. Las otras conquistas del Romanticismo son

(1) En este punto, los clásicos españoles están aparte de los franceses. En Cervantes, algo apunta ya de la riqueza del colorido romántico. Mucho menos en su teatro (*El Trato de Argel*) que en el *Quijote* y, más que en el *Quijote*, en alguna de las *Novelas Ejemplares*. Américo Castro ha hecho observar el sentido pintoresco que encierra la descripción del patio de Monipodio en *Rinconete y Cortadillo*, poniendo la alegría de vivir que este sentido pintoresco implica a la amargura de las conclusiones de la novela picaresca auténtica: *Lazarillo de Tormes*, *El Buscón*, *Guzmán de Alfarache*.

—con la *temperatura*, que también señala Ortega—la comprensión de la naturaleza y el conocimiento literario del *yo* que, hasta hace un siglo, había sido únicamente campo de investigación para el filósofo. El *Conócete a ti mismo* de la antigüedad había quedado, para la literatura, en calidad de continente por descubrir. En tanto que Descartes lo aprovechaba para la filosofía, se necesitó de la invasión desordenada de los románticos para apreciar los tesoros que el arte podía aún obtener de él. De la importancia del *yo*, es decir, del temperamento individual del escritor está vacía casi toda la literatura anterior a la romántica. Naturalmente, esto no quiere decir que los *temperamentos* no existieran. ¿Qué otra cosa son La Fontaine o Góngora, para no citar sino los ejemplos propuestos con mayor parcialidad por la memoria? Pero el *yo* que interpretaron estaba por encima de ellos. Les era ajeno. Uno era el artista, otro el hombre. El Romanticismo intentó precisamente fundir los términos de esta injusta antinomia. Acaso lo haya logrado con exceso en un grado superior al que el gusto quisiera. Más de una página lírica en que el artista se contaminó de las malas pasiones del hombre, nos hace suspirar por la augusta soledad del poeta clásico. Pero la impaciencia de la primera impresión no nos debe engañar sobre este punto. Había un fondo de honradez bajo ese artificio. Es malo que el artista se apesadumbra de la oscura gravedad del hombre, pero acaso peor que el hombre no sostenga ninguna solidaridad con el artista, que no se sienta *comprometido* con él.

Se ha negado curiosidad creadora a los románticos. Se les ha juzgado como a los pacíficos herederos de una tradición demasiado bien cultivada del espíritu. No obstante, el personaje que ellos quisieron siempre representar fué el de la juventud inconforme y belicosa. El chaleco rojo del estreno de *Hernani*, el "gorro frigio" que Hugo se jactaba de haber ceñido a la calvicie del viejo diccionario, todo denunciaba en ellos esa afición por simular el hijo pródigo, derramando en cada una de sus obras el soplo de un desierto, el espejismo de una aventura. Por eso la crítica más acerba que han podido hacerles los modernos es la de arrebatarnos este prestigio de innovadores, sentándonos en los sillones de su burguesía. La facilidad, la facilidad cómoda y democrática fué el defecto de estos rebeldes.

Hagámosles, al menos, justicia de haberse atrevido a investigar, aún en los momentos en que era más peligroso hacerlo, lo que había debajo de una noble acción o de una hermosa melancolía. El análisis de nuestras pasiones, de nuestros vicios, que iniciaron en la novela no tiene ejemplo de ninguna época. Es cierto que no siempre lo emprendieron con la sobriedad inteligente que los modernos deseáramos, pero, entre tanta enfadosa lágrima ¡cuántas provincias nuevas no descubrieron en los dominios del corazón humano! La historia de nuestra sensabilidad quedaría incompleta con la segregación del romanticismo. Amamos, odiamos, vemos y oímos aún hoy de un modo que no conoceríamos sin él. La mayor parte de los paisajes que la vida contemporánea ha respetado en el mundo son herencia suya. No sólo modificó nuestros gustos: cambió nuestras costumbres. El veraneo, el balneario, el casino a la orilla del mar son sus inventos. Aproximándonos a la naturaleza, no se satisfizo con enriquecer nuestra imaginación. Hizo más: depuró nuestra higiene. Hay que comparar la vida de los cortesanos de Luis XIX, descrita por Saint-Simon, ahitos siempre y congestionados, con los sistemas dietéticos de ahora para apreciar lo que el romanticismo que fué un siglo de gula, de sed espiritual

sin escrúpulos—nos enseñó a ser sobrios en la vida y continentes.

Las cosas del arte y de la vida andan siempre jugando a la balanza. El equilibrio exige que unas decaigan para que otras prosperen. Así, al ideal de los clásicos—modesto en la obra y desbocado, insaciable, en la vida—el romanticismo opuso el suyo: más ambicioso en la obra de arte que en la acción, más preocupado de decir que de hacer. La sobriedad que el escritor clásico

exigía del poema, de la novela o del drama, el romántico la exige del ciudadano, del lector—pero nunca del artista.

La Rochefoucauld habla, en alguna de sus *Máximas*, de esas lágrimas «que nos engañan a nosotros mismos, después de haber engañado a los demás». La flaqueza de los románticos consistió en haber llorado casi siempre de este modo ficticio—y haber puesto su orgullo en engañarse con su propia ficción.

Jaime Torres Bodet

México D. F.

Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Traducción y Prólogo de Ernesto Montenegro

Prólogo

EL acento a un tiempo mismo viril y tierno de la literatura inglesa, lo sencillo y profundo de su forma, junto con la espiritualidad familiar de su inspiración, se hallan fundidos en esta pequeña obra maestra del dramaturgo y novelista James M. Barrie. Esta traducción, publicada en 1925 en el diario La Nación de Buenos Aires, fué ante todo obra de amor, y como tal vuelve a aparecer ahora en busca de lectores capaces de compartir su delicado tributo filial. Los españoles, y sobre todo los hispano-americanos, no sabemos ya escribir obras de puro sentimiento como ésta, sin caer o en el conceptismo o en lo declamatorio, pues nuestra falta de ponderación nos lleva de los extremos de lo pueril al cinismo más forzado, como que no es más que un burdo postizo que nos echamos sobre nuestra incurable sensiblería.

Una obra como la de Barrie no podía escribirse con acierto sino en uno de esos países del Norte de Europa, de una tradición tan bien asentada, donde se hace una sana y fuerte vida de hogar laborioso, y donde las normas literarias vienen acendrándose por siglos en la lectura cotidiana de la Biblia. En un ambiente como ése, templado en la contemplación de un puñado de verdades fundamentales, en todo aquello que es permanente tanto en las ideas, en los sentimientos como en las costumbres, el autor nos lleva como de la mano hasta la intimidad de su vivir, con ojo tan certero en el detalle, con tal sutil finura en los matices de la emoción, que uno vuelve a repasar su niñez, a reunir en la imaginación a la familia dispersa, y a reconocer bajo las apariencias de raza, de lengua y de época, a la figura de la Madre tal cual viene a visitarnos en nuestros sueños o en

nuestras horas de nostalgia y desaliento.

El escritor experimentado ha de admirar en Margarita Ogilvy el fino tacto con que el autor ha evitado el peligro constante de la ramplonería en el desarrollo de un asunto como éste, al igual que ha de apreciar la justa nota de lo patético que se bosqueja en los comienzos entre sonrisas, y que termina por alcanzar una recóndita majestad, como en los finales de ciertas sinfonías de Beethoven.

Es fácil descubrir en la sensibilidad de Barrie un toque femenino, junto con la fresca juguetona de Peter Pan, por lo demás más o menos presente en todo artista, así como es fácil notar que la vivacidad del ingenio materno revela la fuente de donde mana esa chispeante ebullición del diálogo, esa prontitud en la réplica que da encanto inimitable a ciertas páginas de The Little Minister, de El Admirable Chrichton, y hace desbordar de humour las primeras cincuenta páginas de Mylady Nicotine. Es posible que los escritores jóvenes de nuestra América recogieran algo más provecho de un mejor conocimiento de la literatura inglesa, que el que pueden alcanzar de su imitación constante de los franceses, puesto que es sabido que la novela francesa, por ejemplo, es un producto intelectual en que la imaginación y el sentimiento están hábilmente reprimidos, y en cambio se pone a contribución facultades tan trabajadas y tan refinadas de la inteligencia, que están por lo general fuera de nuestro alcance, como no sea en su inmediata exterioridad.

A dos celtas, el autor de A la Recherche du Temps perdu y el autor de Ulysses, debe nuestro siglo las obras que están ejerciendo la

más profunda influencia en la literatura. Ellos han puesto la psicología en el primer plano de los recursos de la novela contemporánea. Y, sin embargo, ni Marcel Proust, ni James Joyce han inventado el método introspectivo, que ya encontramos en Hamlet y aun en Don Quijote. La lógica de la mente es acaso un instrumento demasiado fino en nuestras manos criollas. Nos avendríamos mejor a mi ver con la lógica de la experiencia propia, la lógica inglesa y universal que ha producido un Sarmiento entre nuestros pensadores, y un Horacio Quiroga, todo un escritor entre nuestros literatos. Si no, veamos cómo tantos de entre nuestros refinados poetas y novelistas a la siga de los franceses, se han esterilizado temprano.

Pero esto me aparta un poco de mi objetivo, y hace del predicador un pecador más entre los feligreses. Gracias al entusiasmo apostólico de García Monge, los lectores podrán trabar conocimiento con James M. Barrie. Y la gracia del arte es tanta, que las lágrimas han de anegar los ojos bajo la luz del Trópico al igual que lo han hecho veces innumerables entre la niebla de su nativa Escocia.

Ernesto Montenegro

CAPÍTULO I

De cómo se enterneció el semblante de mi madre

El día en que nació compramos seis sillas con asientos de crin, y en nuestra casita fué esto un acontecimiento, la primera gran victoria en la porfiada brega de una mujer. ¡Cuánto se había trabajado para reunir el billete de a libra y los treinta y tres peniques en moneda suelta que costaron; las agitaciones de la compra; la engreída apariencia de los muebles al tomar posesión de la sala; la calma poco natural de mi padre al acarrearlos dentro (bien que su cara estuviera descolorida): tantas veces he oído la historia más tarde, y compartido como muchacho y como hombre tantos otros triunfos semejantes, que la llegada de las sillas me parece algo que yo recordara, cual si aquel mi primer día en el mundo hubiese yo saltado de la cama y corrido derecho a echarles un vistazo!

Estoy cierto de que a mi madre le hormigueaban los pies por llevarla hasta allá aun antes de estar seguros de sus fuerzas, y que apenas la dejaron a solas conmigo, la sorprenderían descalza en la sala, frotando un rasguño (que ella había sido la primera en ver) en una de las sillas: repantigándose en ellas como una reina, o retirándose para volver a abrir la puer-

ta de repente y tomar a las seis por sorpresa. Creo recordar que en este momento se le echó un rebozo sobre los hombros (me resulta extraño pensar que no fuera yo quien le trajera el chal) y que se la condujo enérgicamente a la cama, recordándole que había prometido no moverse; a lo cual es probable que ella respondiera que había sido sólo por un momento, con lo que quería dar a entender que no había salido en absoluto. Así se reveló desde el comienzo un pequeño rasgo de ella, y quién sabe si pude advertirlo.

Las vecinas vinieron a ver al niño y las sillas. ¿Me dejaría yo engañar cuando ella daba a entender que el uno y las otras nos parecíamos a los demás, o adiviné en el primer momento lo que pasaba por su mente, ya que era tan fácil penetrar su pensamiento? Cuando ella parecía convenir con los demás en que sería imposible enviarme a la Universidad, ¿caí yo también en la trampa, o comprendí desde el primer momento las ambiciones que ardían tras su amado semblante? Cuando se hizo referencia a las sillas como a una suprema ambición pronto satisfecha, ¿era yo tan poco experimentado que habría de esperar que sus tímidos labios dijeran «eso no es más que un comienzo» antes de oír las palabras? Y cuando se nos dejó solos, no sé si reí al sorprender las grandes cosas que estaban en su mente, o si ella hubo de secreteármelas primero, para que yo le echara los brazos al cuello y le prometiera mi ayuda. Así había de ser por años y años, y me parece extraño figurarme que no fuera así desde aquel primer día.

Mis seis primeros años se me aparecen de una vaguedad enigmática, y la imagen que los ocupa es la de la mujer que se me mostró en plena luz al fin de esa época. He hablado de sus tímidos labios, pero entonces no eran tímidos todavía, y sólo cuando la reconocí sus labios habían adquirido su timidez. Su tierno semblante... dícneme que su cara no era entonces tan tierna. El chal que le echábamos a los hombros... aun no comenzábamos a perseguirla con el chal, ni a ponernos como defensas entre ella y las corrientes de aire, ni a subir con tanto veinte veces cada noche a su cuarto a vigilar su sueño. Todavía no reparábamos en cómo iba empequeñeciéndose, ni evitábamos sus miradas cuando la oíamos extrañarse de cómo adelgazaban sus brazos. En sus momentos de mayor alegría—y jamás hubo mujer más alegre,—su boca no se recogía de repente, ni las lágrimas cuajaban en el mudo azul de sus ojos, en los cuales he leído todo lo que sé y lo que puede importarme como tema

de mis escritos. Pues cuando uno miraba los ojos de mi madre, uno comprendía como si El lo hubiese revelado, a qué la envió Dios al mundo: a despertar la mente de todos los que contemplan bellos pensamientos. Y éste es el principio y el fin de la Literatura. Esos ojos que no recuerdo hasta que tuve seis años, me han guiado a través de la vida, y ojalá Dios permita que sigan siendo mi único juez en la tierra hasta lo último. Nunca me sirvieron tan bien de guía como cuando ayudé a ponerla bajo tierra, no desfalleciendo porque me hubieran quitado a mi madre tras sus setenta y seis gloriosos años de vida, sino orgulloso de ella aun en la tumba.

Tuvo ella un hijo que seguía estudios de interno en una escuela lejana. Muy poco recuerdo de él, excepto que era un muchacho de cara sonriente, que trepaba como una ardilla por el tronco de los árboles y sacudía las cerezas de las ramas hasta hacerlas caer sobre mi pollerín. Cuando él tenía trece años y yo la mitad de su edad, malas nuevas llegaron de él, y me han contado que el semblante de mi madre era terrible en su calma al partir para interponerse entre la Muerte y su hijo. Bajamos en tropel hasta la estación, y tengo idea de haber pensado con envidia en el viaje que ella iba a hacer en los misteriosos vagones; sé que hacíamos cabriolas a su derredor, por mostrar que éramos relaciones de la viajera; pero esto no lo afirmo porque lo recuerde, sino porque lo he oído. Después de entregarle su boleto, ella nos había dicho adiós con esa expresión resuelta que yo no alcancé a conocerle, y, apenas había partido, mi padre salió de la oficina del telégrafo exclamando con bronca voz: «¡Se acabó!». Nos volvimos a casa lentamente, repechando el angosto valle. De ahí en adelante ya no necesito recurrir a otros para recordar a mi madre; la conozco desde entonces.

Así fué como mi madre adquirió su tierna fisonomía, sus maneras enternecedoras y su inagotable caridad, y por esto es que otras madres acudían a ella al perder un hijo.

—No llores, mi pobre Juanita—les decía.

A lo que las otras tenían que responder:

—¡Pero, Margarita, si tú misma estás llorando!

Margarita Ogilvy había sido su nombre de soltera, y, de acuerdo con la costumbre escocesa, seguía siendo Margarita Ogilvy para sus viejos conocidos. Yo gozaba con llamarla Margarita Ogilvy. A menudo corría cuando niño al pie de la escalera a gritar:

—Margarita Ogilvy, ¿qué haces?

Desde aquel día siempre estuvo

delicada, y en ocasiones estuvo gravemente enferma. He oído que lo primero que tuvo curiosidad de ver fué el ajuar de bautizo, y que después de mirarlo por largo tiempo volvióse de cara a la pared. De ahí proviene que en mi niñez yo siempre tomara esa prenda por el ajuar con que él había sido bautizado, pero más tarde supe que todos habíamos sido bautizados con esa prenda, desde el mayor al menor, con veinte años de por medio. Centenares de otros niños habían sido también bautizados con nuestro ajuar, como que éste era prenda de lujo que pocas familias poseían entonces, y para mi madre el prestarla era una de sus glorias. Se la llevaba cuidadosamente de casa en casa, cual si fuera una criatura; mi madre la rodeaba de cuidados, alisándole los pliegues, acariciándola, sonriéndole antes de ponerla en manos de quien la pedía en préstamo. Ella iba también a la iglesia a verla desplegar su magnificencia (con algo dentro ahora) por la nave de la iglesia hasta el costado del púlpito, en ese momento en que un estremecimiento de expectación pasaba sobre los feligreses, y nosotros los niños nos dábamos de puntapiés por debajo de los bancos, sin perder la seriedad de la cara; y ya fuese que el bautizado se riera sin reverencia alguna o chillara para vergüenza de su madre, ya fuese que el padre que le cargaba en brazos pareciera avergonzado o se inclinara fuera de tiempo, el ajuar de bautizo estaba allí para ayudarles con su larga experiencia. Y al serle devuelto, mi madre lo tomaba en sus brazos con tanta suavidad como si estuviese dormido, e inconscientemente lo estrechaba contra su pecho: nada había en la casa que le hablara con tanta elocuencia como esta pequeña prenda blanca; era el hijo de ella que seguía siendo un infante. Y, lo que era más admirable para mí, era que ella no la había trabajado con sus manos, cuando todo lo que había en casa parecía provenir de sus dedos. Todas las prendas de vestir que usábamos habían sido cortadas y cosidas por ella, y sólo alguien que no tuviera idea de sus habilidades podría imaginar que se pusieran pasadas de moda; con darlas vuelta las dejaba nuevecitas, y con algunos enérgicos tijerazos por aquí y por allá volvía a renovarlas, y otra vez con mil mañas las obligaba a parecer nuevas, por ser la última vez, hasta que cambiándoles tren-cilla o haciéndoles un añadido en el espaldar las hacía pasar de uno a otro miembro de la familia para que llegaran a posesión del menor, y todavía entonces, al quedarle estrechas al más pequeño, las veíamos reaparecer en otra forma.

¡Andar a la moda! He de volver sobre este punto. No he visto otra mujer con más ojo para eso. Ella no tenía figurines, ni los necesitaba. La mujer del pastor (un abrigo), la hija del banquero (el nuevo corte de la manga)... con que pasaran una vez frente a la ventana, ya estaba en poder de mi madre, como quien dice, la misma piel de la portadora. No hay más que mirarla cómo se abalanza, tijera en mano, el hilo entre los labios, a abrir los cajones donde guarda los trajes domingueros de sus hijas. O basta con ir a la iglesia el domingo próximo y observar a cierta familia cuando entre, para ver al más pequeño que levanta en alto las piernas a fin de hacer que todos reparen en sus zapatos nuevos, mientras los demás marchan encogidos, especialmente la tímida, menuda mujercita, de apariencia distraída, que cierra la fila. De ser alguna de ustedes la mujer del pastor o la hija del banquero, se habría llevado una desagradable sorpresa.

Pero el traje de bautizo lo compró hecho, y cuando yo solía preguntarle el por qué, a ella se le iluminaba la cara y se turbaba toda, y decía que por una vez había querido ser derrochadora. Y siempre con su sonrisa me decía que, mientras más se afanaba una mujer en el telar y en hacerlo todo por sí misma, más se enconaba el deseo de lanzarse de vez en cuando de compras y «hacer un disparate». El ajuar de bautizo, con sus conmovedoras hilachas y humildes bordados en canutillo, tiene ya más de medio siglo y ha comenzado a ajarse al igual que una margarita de la víspera; pero se le mantiene intacto con la misma devoción de antes: el otro día no más volví a verle en uso.

Mi madre yacía en cama con el ajuar de bautizo a su lado; yo llegaba a observarla desde la puerta y volvía a sentarme en la escalera a desahogarme en sollozos. No podría precisar si fué ese mismo día o muchos después cuando mi hermana, la hija más querida de mi madre, más querida de ella, estoy seguro, que yo mismo, y cuyo orgullo fué desde que yo tenía seis años, vino a hablarme. Ésta hermana, que ya andaba por los veinte años, vino a mí con fisonomía harto afligida y, estrujando sus manos, a decirme que fuera al cuarto de mi madre y le dijera que todavía le quedaba otro niño. Entré como una exhalación; el cuarto estaba oscuro, pero cuando oí cerrarse la puerta y que no llegaba ni un rumor del lecho, me asusté y me quedé paralizado. Supongo que estaría respirando fuerte, o tal vez llorando, pues a poco oí una voz distraída, como jamás lo había estado antes, preguntar:

«¿Eres tú?». El tono de la voz no debió de ser estimulante, porque me quedé callado, y entonces la voz dijo con más premura: «¿Eres tú?» otra vez. Figurándome que se dirigía al hijo muerto, respondí con tímida y débil voz:

—No, no es él; soy yo apenas...

A lo que contestó un llanto, y mi madre, que se daba vuelta en la cama, y por más que estuviera a oscuras, comprendí que me tendía los brazos.

Desde ese día me lo pasaba sentado en su cama tratando de hacerla olvidar su duelo, en lo cual ponía todas las argucias de un doctor, y, si veía a alguien en la calle hacer cualquier cosa que causara risa, yo corría en seguida a ensayarla frente a ella en la penumbra de su cuarto. Debo de haber hecho un extraño papel; según me dicen, mi empeño en alegrarla ponía en mi cara una expresión forzada y cierta timidez en mis jugarretas (solía pararme de cabeza en la cama, con los pies contra la pared, y luego preguntarle, con ansiedad en la voz: «Madre, ¿te estás riendo?»). Puede ser que ella riera de algo que yo no alcanzaba a comprender, pero, cada vez que lo hacía, yo llamaba a gritos a aquella querida hermana, que se hallaba siempre a la espera, para que viniese a ver el espectáculo; pero cuando ella llegaba, ya el tierno semblante estaba otra vez lloroso. Con esto mi gloria quedaba algo deslustrada, y sólo recuerdo una ocasión en que la hice reír ante testigos. Llevaba yo en un trozo de papel un apunte de las veces que ella había reído, a risa por raya, y tenía la costumbre de mostrárselo al médico cada mañana. La primera vez que lo deslicé en su mano había cinco rayas en el papel, y cuando le explicaron lo que significaban, el médico se rió con tantas ganas que yo exclamé: «¡Ojalá ella pudiera reír así!». Esto debió interesarle, porque me preguntó si ya mi madre había visto el papel, y como yo moviera la cabeza negativamente, me dijo que si le mostraba a ella el papel y le explicaba que esas rayas eran sus cinco risotadas, él creía posible que consiguiera una más. Yo no tenía tanta confianza en ello, pero se trataba del hombre misterioso al que se recurre en la alta noche (uno lo despertaba tirando arena contra los vidrios de su ventana, y si se trataba a lo más de un dolor de muelas, él la extraía desde el alféizar; pero si se trataba de algo más grave, en seguida le tenía uno a su lado en la obscuridad de la plaza, cual si fuera un vigilante que no se saca ni el abrigo para dormir). Pues bien: lo hice como él me indicó, y no sólo se rió ella al oír mi

explicación, sino que volvió a hacerlo al verme apuntar la risa, por lo cual, si bien no era más que una sola carcajada con una lágrima en medio, yo puse dos en la cuenta.

No hay duda de que fué la misma hermana quien me animó a no desalentarme cuando viera a mi madre sumida en sus recuerdos del ausente, sino que, por el contrario, la llevara a hablar de él. No se me ocurría como por ese procedimiento podríamos volver a hacer de ella la animosa mujer que había sido antes, pero como me dijeran que si yo no lo conseguía nadie sería capaz de hacerlo, esto me animó a intentar la prueba. Según he oído, al principio me ponía celoso e interrumpía sus apasionados recuerdos con un «¿Y yo no te importo nada?» Pero esto no duró mucho, y en vez de los celos comenzó a ocuparme un intenso deseo (una vez más sospecho que mi hermana debe de habérmelo inspirado) de llegar a ser tan semejante a él, que ni aun mi madre pudiera encontrar diferencia, y con tal fin hice muchas y arteras preguntas. Me puse luego a ensayar en secreto, pero después de transcurrida una semana seguía más o menos siendo el mismo. Tenía él una manera tan animada de silbar, me había dicho ella, que siempre la había distraído en sus labores el oírle, y, al hacerlo él se ponía con las piernas un poco abiertas y las manos en los bolsillos de su pantalón bombacho. Me decidí por esta estratagema, y así, un día que había conseguido aprender su silbido (cada muchacho que se estima tiene su silbido propio), informándome por los niños que habían sido sus camaradas, con gran sigilo me vestí con uno de sus trajes, que por más señas era gris oscuro con lunares y que me quedara al cuerpo muchos años después; y disfrazado de esta manera me deslicé, sin que nadie lo sospechara, en el cuarto de mi madre. Temblando, a no dudar, pero con ufanía, a pesar de todo, me quedé allí a la espera de que ella me viese y entonces ¡cómo debió de renovarse su pena!

—¡Escucha!— le grité en un raptó de triunfo, y me puse con los pies bien separados y mis manos hundidas en los bolsillos del bombacho, y comencé a silbar.

Ella había de sobrevivirle por veintinueve años, años tan activos hasta cerca del fin, que nunca podía saberse dónde estaba, a menos de ir a sorprenderla en sus quehaceres, y bien que desde entonces estuviera delicada de salud y siempre más débil, otra vez el orden y arreglo de su casa tomaron fama hasta el punto de que las recién casadas vinieran, como por obligación, a observar cómo ella hilaba, fregaba o cosía: quedan todavía

una o dos personas ancianas que pueden contar con ojos maravillados cómo ella podía cocer sus bollos al horno sin que ni uno se retostara. Y cuánto daba a los demás, cuánto de lo que poseía pasaba a manos extrañas, ¡y qué manera más encantadora de dar! Su cara perdió su rigidez y volvió a brillar de regocijo, y la risa que yo había tratado de forzar volvió a resonar como en otro tiempo. No he oído risa igual a la suya, a no ser en boca de chicuelos vivarachos; nuestra risa envejece por lo común y se quebranta junto con el cuerpo, pero la suya fué jubilosa hasta lo último, cual si renaciera fresca a cada nuevo día.

Hubo siempre algo del niño en ella, y éste hallaba expresión en su risa, para mí tan evocadora del pasado como lo fué para ella la ropa de cristianar. Pero yo no conseguí hacerle olvidar aquella porción de ella misma que había muerto: en todos esos veintinueve años, él no estuvo más lejos de su recuerdo que el primer día. Con frecuencia se quedó dormida hablándole, y aun en sueños sus labios se

movían y le sonreían como si estuviese de vuelta, y al despertar pudiera ser que la imagen se desvaneciera tan de repente, que ella se incorporaba alucinada, y luego de mirar en derredor, dijera con lentitud: «Mi David está muerto». O acaso él se detuviera lo bastante a explicarle por qué debía dejarla ahora, y entonces ella permanecía en silenciosa quietud y con húmedos ojos.

Al llegar a hombre, mientras él seguía siendo un muchacho de trece años, yo escribí un trabajo intitulado *Van veinte años de su muerte*, en que describía una tragedia semejante en la vida de otra mujer, y esto es lo único que yo haya escrito a lo cual ella nunca hizo referencia, ni aun con aquella hija de su predilección. Nadie le habló tampoco de esto, o le preguntó si lo había leído: uno no va a preguntarle a una madre si sabe que hay un pequeño ataúd dentro de casa. Muchas veces leyó ella el libro en que corre impreso, pero al llegar a ese capítulo se llevaba las manos al corazón, y aun llegaba a taparse los oídos

Carta a Esteban Pavletich

La *Humanidad*, de que ha hecho usted su Dios, y *El Sol*, en quien yo veo y siento el mío, se diferencian en que el de usted es un hermoso sueño, y el mío es una divina realidad.

La *Humanidad* todavía no existe: las hordas de bárbaros civilizados que se asesinan en la guerra, que se devoran en los negocios, que se atracan de oro y de carne, que se explotan sin misericordia, que se engañan del amanecer al anochecer, que cultivan su vanidad como si fuera un rosal, que se glorían en la esclavitud y en la miseria de sus semejantes... estos animales que se llaman hombres, bestiales como ninguna bestia y crueles como ninguna fiera, no son, ciertamente, la *Humanidad*. La vida del mejor de nosotros, examinada con atención, es algo tan sucio, tan mezquino y tan repugnante, que no puede uno detenerse en su contemplación sin sentir profundas náuseas de sí mismo.

Extraer de esta bazofia la *Humanidad*, aquella universal fraternidad de hombres, que un día vivirán sobre el Planeta bellamente, sin crueldad, sin grosería y sin rapiña, sin vanidad y sin mentira, es un sueño maravilloso y una empresa de total desprendimiento y abnegación, puesto que usted y todos los que se consagran a ella, *saben* que no alcanzarán ni siquiera a divisar la tierra prometida desde la cima de una montaña remota. Trabajar, sufrir, exponerse a la incompresión, a los ultrajes, a la pobreza y aun a la muerte, en aras de ese Dios a quien seguramente no veremos, es la más elevada y desinteresada actitud que puede asumir un hombre. Eso es luchar y padecer para que un dios remotísimo, perdido en el abismo del Futuro, nuestro sueño se convierta en un astro.

Ese sueño viene de tiempos muy lejanos. Lo soñó Daniel en Caldea; lo soñó Ezequiel en la visión de sus animales simbólicos; lo soñó Zoroastro en las altas mesetas de Persia; lo soñó Abraham en las llanuras de Mesopotamia; lo soñó Isaías en aquella escena en que nos muestra al león paciendo

con el cabrito, y al niño jugando en la cueva del basilisco. Pitágoras, Platón, Jesús, lo soñaron también, y recientemente. Nietzsche, en el Advenimiento del Super-hombre. Pero qué lejos se ve la realización de tal sueño! más lejos quizá que en otras veces, a causa de la inmensa desilusión de la Gran Guerra, que retrotrajo a hombres y pueblos a los abismos de la barbarie y de la ferocidad antiguos.

Si hemos de aproximarnos siquiera un poco cada siglo a la realización de ese anhelo, el Advenimiento de la *Humanidad*, tiene que ser por caminos diferentes de los recorridos hasta hoy. *El hombre es un ser que necesita ser superado*, clamaba Nietzsche a cada instante. La Vida, comentamos nosotros, la vida y el trabajo y la educación y la constitución de los pueblos, es algo que debe ser invertido, profundamente modificado, expuestas al sol y al viento las raíces, para que se purifique y adquiera capacidad de organización, sobre un troquel de mayor justicia. Los caminos ensayados quedan ahí atrás, encharcados de sangre y lágrimas, y es insensatez buscar el éxito extrayéndolo de su perenne fracaso. Tenemos que buscar en el corazón y en la mente del hombre, a ver si hallamos en sus profundidades, semillas para una nueva fe, para una nueva ordenación familiar y social, para un nuevo sentido del trabajo y de su aplicación, para un nuevo concepto del Arte y de la Ciencia, para nuevos y más llanos y enflorados caminos, que vayan todos a convergir en esa realización, de lo que llama usted la *Humanidad*. La *Humanidad*, como superación del hombre, unificación de toda justicia y de todo derecho, cristalizada en un *órgano de actividad* que haga reinar la paz en el planeta, entre todos los seres que en él viven, hombres, animales y plantas, como lo enunció León Tolstoy, es la culminación del sueño de usted. Y también lo es del mío, solamente que yo voy a él por otros caminos. Yo, no tan abstracto como ustedes, no capaz de hallar bastante energía y confortación en lo que no existe aún, yo

inquiero en torno mío, en busca de una realización, *de un ser que simbolice y realice y encarne el ideal de la futura humanidad* y poder así mostrárselo a los hombres diciéndoles: ahí está el guía, el padre, el dios. Mirad, existe, y supera inmensamente nuestras concepciones y nuestros anhelos, y puesto que existe, puesto que él realiza y encarna lo que soñamos y buscamos, es señal de que nosotros somos capaces de realizarlo y encarnarlo asimismo. Por el camino que transita el Padre transitarán

Alberto Masferrer

San Salvador, El Salvador

Vengo del Eterno y a él voy

SILENCIO, no turbéis mi pensar cuando corre desligado del mundo y sus cuidados...

El Eterno mandó alimentar en mi seno la encarnación del Verbo. He sido generosa como la tierra, cuando la conciencia del bien ha limpiado mi seno de las pasiones mundanas, de mí ha surgido el espíritu.

Me llaman en el mundo la mujer, pero yo soy Ella, la encargada de crear. Obedezco el mandato y multiplico la carne.

El Pecado Original ha pesado sobre mí, cuando oyendo el mandato de recibir la fecundación del espíritu me he empeñado en multiplicar la carne.

Alguna vez me he rebelado, la rebeldía es dolorosa, pero salva. Un hombre, *El*, descubrió ante mí el velo de los tiempos. Medité y encendí sobre mí el fuego del espíritu.

...De mí han surgido los Grandes Maestros y los Varones Justos. De tiempo en tiempo os contaré su historia, os diré con alegría de sus glorias. Repetiré con amor sus sabias senten-

los hijos, si los mueve la voluntad. Con los ojos y el corazón puestos en Él, extraeremos de nuestro dolor y de nuestro querer, el Super-hombre, los super-hombres, *una multitud de super-hombres*, que puedan luego, por un trabajo ordinario, fundir en un nuevo crisol a la humanidad y transforarla en una *Super-humanidad*.

El Ser divino, realizador y totalizador en quien se detienen mis ojos es el Sol.

¿Quién, sino El?

cias. Veréis como han preparado el Reino del Padre que está en los Cielos. Llegaréis a Cristo por diversos rumbos, pero llegaréis y os regocijaréis.

No intentéis adivinar en mí un pensar individual, no lo conseguiríais.

Para vosotros soy la mujer. En su divinización me llamo Varuna, Vishnu, Aishah, Isis, Minerva y culmina mi culto en la Purísima María.

En la abominación soy Proserpina, carne de perdición y de pecado. Más temible cuando preside el festín mundano la gracia de Eva o de Afrodita...

Pero no os canséis, todos sois hombres. Yo soy ella, la encargada de crear. Obedezco el mandato y multiplico la carne cuando llega el espíritu a fecundarme.

Si me rebelo, sufro y medito, mi alma quedará preñada del espíritu de mis hijos y encenderé sobre mí el fuego que alumbre el camino de los hombres para que lleguen a la puerta de salvación.

Ella

St. Louis, Mo. Octubre de 1928

La voz del paisaje

TRATO de despojarme de todo sentimentalismo patriótico al reflexionar sobre este paisaje chileno que me conmueve y enamora tanto, y me pregunto si es en realidad uno de los más hermosos del mundo o si yo, criada a la sombra cordillerana, he entretejido sus colores con las hebras de mis días y ahora siento como cosa de mi sangre la montaña, el valle y el mar. Les comparo con otros del mundo que conozco y éste lleva siempre la primacía.

En la oscura lista de mis pecados, no figura el de pasar indiferente ante la belleza de ningún paisaje. Recuerdo en este momento, con calor de emoción, esos valles menudos sombreados con higueras y parras, en que se escurren como cosas vivas las quejas de los regatos que triscan «entre las duras peñas»—como dice Garcilazo—esas hondonadas de Galicia, entre las cuales serpea el Miño, en la frontera de España y Portugal, valles donde nació la lírica española en los tiempos en que sólo las canciones de gesta parecían dignas de las bocas de los hombres, paisaje hecho para escribir églogas, para soñar en pastores y dejar que pasen mansamente las horas en el dulce no hacer nada de las sierras.

Y me basta, apenas, cerrar los ojos para holgarme de nuevo en las tierras holandesas tan domeñadas, tan fecundas, tan ubérrimas, landas en que se abrazan deleitosamente la tierra y el agua; paisaje que

incita a criar flores, a engendrar hijos, a vivir con todos los sentidos abiertos y bien alimentados...

Como contraste, el paisaje de Escocia fino y tierno como una Miss. Allí están los motivos todos del romanticismo. Pese a lo que enseñan algunos textos, el movimiento romántico en las letras, en las artes, en la filosofía no es de origen alemán, su cuna está en los lagos de Escocia y en el promedio del siglo diez y ocho. Alguna vez, acaso, escriba con acopio de datos sobre estas cosas eruditas. Ahora volvamos al paisaje. Flota en los prolongados crepúsculos escoceses una bruma tan ligera que envuelve a todos los objetos del mundo en un velo de irrealidad. Mira una a la distancia y no sabe si lo que divisa es la torre solitaria de una abadía en ruinas o la ojiva trémula de un altísimo ciprés.

Sobre los oteros tapizados del césped más verde que fabrica el mundo, los vellones blancos que se columbran ¿son acaso las ovejas trashumantes o los copos de neblina que desfloca el viento? Las ruinas de castillos y de abadías medioevales, la bruma incierta, los lagos como fascetas de policromos ojos, el sonido largo y melancólico que desentraña un gaitero viejo y borracho en la encrucijada del camino, todo el romanticismo está allí, en la tierra, en el aire y en la molición sentimental de las gentes.

A pesar de todo, el paisaje del valle cen-

tral chileno es para mí el más hermoso. Sin duda no sabe a idilio, ni a goce fecundo, ni a balada romántica. Lo que le caracteriza es su mezcla de sublimidad y de hermosura. La montaña gigantesca, atormentada y frágosa, que inspira la tenacidad del esfuerzo titánico y solitario, es el elemento sublime que imprime carácter a todo el conjunto. El valle que ríe a sus plantas es la muchacha linda y coqueta que salta en los torrentes y se mira en los remansos, que cambia de vestido todas las auroras con las flores recién abiertas en los trigales, en las arboledas y en las quebradas. Ella es la que da al paisaje la hermosura reidora, pasajera, cambiante y siempre nueva. Los cerros de la costa—lámpara azul y violeta de las lejanías—mansos y tranquilos como los años del otoño humano, que desciende ora lenta, ora bruscamente sobre el mar, *que es el morir*, son la nota grave de la melancolía. Y luego, el océano. Otra vez la nota sublime, réplica en profundidad del abismo al ansia infinita de la cumbre cordillerana. Yo siento que este paisaje está hecho para gigantes...

¿Siempre habrán sido sus moradores como hoy, medrosos, resignados, tan sin esperanzas heroicas? Hubo una vez... ¿Qué es lo que hubo una vez que se ha perdido? Más todavía habla y hablará siempre la voz del paisaje.

Amanda Labarca A.

Santiago de Chile,
Setiembre de 1928.

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 1.º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispano-americanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero (Países que concedieron la tarifa reducida) un año \$ 2.40 o £ 0-10-0.

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
48 Boulevard de Courcelles.—París (17e.)

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE.

Número suelto..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima Perú

EN 1916 estuvo José Ortega y Gasset en la Argentina. Vuelve después de doce años. Entonces decía: «Desde hace tiempo sentía latir dentro de mí un afán hacia América, una como inquietud orientada de índole como pareja al *nisus migratorio* que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur». Desde entonces los que vivimos a su lado hemos visto todos los equívocos como palpar sus alas con un vago deseo que fuera a la vez una nostalgia, orientando siempre, hecho brújula de pronto, hacia América. Cuando este año le creíamos comprometido a un viaje de conferencias por Alemania (universidades de Heidelberg, Francfort, Munich), de pronto el viento gira y se detiene en su cuadrante preferido para empujarle nuevamente a la Argentina. Días atrás me encontré casualmente frente a su casa; la ventana de su estudio se cierra con un blanco lienzo que alguien cuida de empapar de agua. La lona palpitante y húmeda tenía algo marino; el viento, como un chiquillo, se escondía en ella. La travesía de Ortega había empezado.

Antes de aquel viaje el pensamiento de Ortega había sufrido ya su primera radical transformación. Según su propia frase, se había evadido, salido de Kant, dirigiendo su prisión. Sin embargo, la nueva idea no fué expresada claramente hasta su vuelta de la Argentina. Tal vez este último año señale otra oscura y subterránea transformación, y tal vez sea en la Argentina donde emerja en palabras. Ha poco me decía Ortega: «La fenomenología no es constructiva; yo quisiera dar a la dispersión intuitiva de la fenomenología la conexión de un sistema». Me parece ya ver la nueva filosofía; las maravillosas descripciones en cristal de la fenomenología unidas, ordenadas, centralizadas; una ciencia de transparencias, un sistema de visiones, ¡una arquitectura diamantina! Las ideas tienen su evolución independiente, autónoma, pero esta evolución no se desarrolla más que en las mentes filosóficas. De cuando en cuando el filósofo se detiene, se escucha, se mira el alma con esa actitud de torsión sobre sí mismo que es una contrahechura genial, y advierte que las ideas le han crecido dentro, se ha ido cambiando; descubre otro paisaje por él misma ignorado. Entonces atiende, mira y describe lo que ve. Me parece que en sus últimas meditaciones Ortega está haciendo una excursión por su alma y encontrándose una flora insólita, una geología revolucionada. Tal vez, digo, sean para los argentinos las primicias de esta visión.

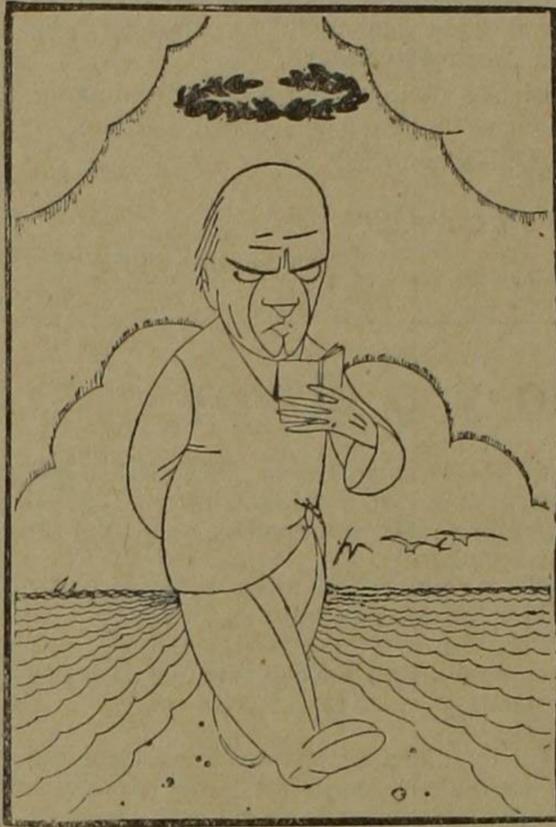
Entre tanto, se ha realizado también un cambio exterior. Ortega, dispuesto a cortar la relación inmediata con el público, se ha encontrado convertido de pronto en un hecho cosmopolita. Sus libros son puestos en distintas lenguas; los traductores se lanzan, como sobre un banquete, sobre sus más pequeños artículos de periódico. Alguna vez le he visto azorado, indignado también, ante esta avidez que llega al saqueo, usando del telégrafo para dar contraórdenes como un banquero mundial. Toda su producción es lanzada en seguida a los grandes mercados intelectuales, y él preferiría pausa, decantación. No querría ser nunca valor de especulación popular. El resonar de la fama le impediría oírse el rezumar interior de la mente.

El invierno pasado un estudiante español, recién vuelto de Alemania, nos relataba su asistencia a la primera cátedra mundial de psicología, la cátedra del gran Koehler, en la Universidad de Berlín. El estudiante encogido en su banco del aula, temblaba como hoja en el árbol al ir a entrar en contacto con la gran cultura alemana, hecha de nombres magníficos y extraños. Esperaba algo misterioso como una sombra enorme que rozaría su alma, dejándola anonadada.

1916-1928

(Notas al viaje de Ortega y Gasset)

=De *La Nación*. Buenos Aires=



ORTEGA Y GASSET
sale para la Argentina

(Caricatura de Bagaría)

Koehler se sentó y abrió un volumen: «Hoy vamos a leer y comentar el capítulo de un libro genial, *El tema de nuestro tiempo* de José Ortega y Gasset». Nuestro estudiante sintió, sin duda, una emoción vedada desde hacía mucho tiempo a los españoles.

Este libro, traducido al alemán por una dama, la esposa del físico y matemático Weyl,—la figura pareja de Einstein,—ha merecido también del filólogo y helenista Howald estas palabras: «Quien tenga oídos para oír reconocerá la inaudita exactitud del pensamiento de Ortega y estará dispuesto conmigo a dar, a cambio de este capítulo, casi toda la literatura filosófica impresa desde Nietzsche». No es, pues, extraña la influencia ejercida por esta obra sobre la juventud intelectual alemana. En estos últimos cursos, varias tesis de doctorado, en universidades germanas, han versado sobre el «perspectivismo», la teoría del «punto de vista». El libro, ya famoso, de Pinder *Das Problema der Generation* es, simplemente, una aplicación a la historia del arte de la idea de las generaciones expuesta al principio de *El tema de nuestro tiempo*. En torno al nombre de Ortega se han formado, diseminados por Europa, varios de esos círculos o capillas que son la manera como ahora, en tiempo de masas, el intelecto y el arte se difunden, a la par que se recogen y defienden del contacto y aplastamiento por el vulgo. Son los reducidos dominios de los pares modernos, y Ortega—dice Ernest Robert Curtius—es «uno de los doce pares del intelecto europeo cuyo gremio se forma por tácito acuerdo entre los selectos de nuestro continente». El propio Ortega en su ensayo *Parerga (Revista de Occidente)*, diciembre 1924, ha descrito la génesis sociológica de este cosmopolitismo intelectual. Desvirtuadas todas las normas y disciplinas, lanzadas sin freno las masas al frenesí, los intelectos creadores de todo el mundo se recatan para trabajar en la difícil invención de los nuevos principios y conviven sólo entre sí,

más unidos entre sí que con las masas de sus países.

Pero en el caso de Ortega este cosmopolitismo en que se ha encontrado sumergido tiene causas propias. El citado Curtius, el crítico alemán de más crédito, en quien confluyen una gran cultura filosófica y una gran cultura literaria, ha dicho que tal vez sea Ortega «el único hombre que puede hablar hoy en Europa con igual interés, con igual seguridad de juicio, con la misma brillantez en la expresión de Kant y de Proust, de Debussy y Scheller; desde la cultura prehistórica a la pintura cubista nada hay que no le interese apasionadamente». La posición del pensador español, su perspectivismo es, según Curtius, la mejor manera de abarcar la infinita variedad de ideas y productos que la cultura ha ido reuniendo al cabo de los siglos. «Este perspectivismo es, en realidad, la expresión más adecuada y convincente de la nueva actitud espiritual de nuestra época».

El mismo crítico llama a *El tema de nuestro tiempo* el sistema de coordenadas espirituales de la época. Tengo entendido que una serie de conferencias en la Argentina se titulará *Introducción del presente*, uno de esos títulos que ama Ortega, como *Estudios sobre el amor*, con su primera palabra profesoral, científica, y la segunda abismática, infinita, indefinible. Con ello revela Ortega su perpetuo y urgente afán: poner claridad en lo irracional, contemplar, teorizar la vida, apoderarse en el turbión de intuiciones frescas y hacerlas transparentes. Otro libro tiene anunciado: *Dinámica del tiempo*, en parte ya impreso, y la conocida editorial de Nueva York Hawper & Brothers le tiene encargado un libro que sea también una definición de la época. A Ortega pudiera llamársele, pues, «un especialista en nuestro tiempo». Hay en su manera de lanzarse al objeto un ímpetu frenético que se pudiera calificar de pasión. Su afán de conocer va precedido de un acto de amor. De aquí que, luego de poseído el objeto, la idea extraída todavía embriague, todavía conserve algo de espasmo, tenga vida, mirada, gesto, calor y sea, a su vez, fecunda. Son las suyas ideas pasadas por el corazón. Pero una de las cosas que Ortega ama exabundantemente es nuestra época. Ella es su espectáculo, su circo. «Su relación con nuestro tiempo—dice el citado Curtius—es erótica... La mirada zahorí, descubridora del amor, le permite ver en nuestro tiempo la imagen ideal del mundo.»

El caso de Ortega debe ser aleccionador para los intelectuales españoles e hispano-americanos. La cultura alemana se encuentra en un momento de cansancio, se ha quedado miope. Se mira a sí misma desde demasiado cerca, desde demasiado dentro. Es incapaz de salir del campo de su lente para trazar esa gran mirada curva de las síntesis que reúne inesperadamente los términos más lejanos. Tiene que buscar retinas frescas que miren desde más lejos, desde algo más afuera. Sólo en esta perspectiva se alcanzan visiones de conjunto. «España es una tierra excéntrica, geográfica y espiritualmente. Es el mejor puesto para un observador de Europa. Sin que la perturbe la rivalidad, el odio, o el egocentrismo puede explicar el movimiento espiritual de los distintos pueblos mejor que ellos mismos». *El tema de nuestro tiempo* debe seguramente su resonancia a que es una crítica de la cultura, a la par que el anuncio de su transformación; ni una ni otra cosa podría hacerse más que por quien tiene ojos nuevos y alerta y está en ese puesto de vigía. La cultura está más necesitada que nunca de visiones certeras y rígidas, de una elasticidad mental no relajada por anteriores excesos musculares. Es lo que mueve a los pensadores alemanes a interrogar y a es-

(Pasa a la página 270)

Página lírica

de Alida María Hidalgo



Flor de Té, POETISA NIÑA DEL ECUADOR

Flor de Té, seudónimo encantador y simbólico, sugeridor de ensueños y de países exóticos, es el nombre literario que desde la edad de 12 años viene haciendo conocer en nuestra América la dulce y exquisita poetisa ecuatoriana, señorita Alida María Hidalgo.

Dulce y exquisita... sí. Y además inspiradísima y dueña de un extraordinario temperamento de artista, de personalidad propia y admirable; poseedora de un alma tan refinada en sus anhelos y tan deliciosa en sus manifestaciones poéticas que al leerla siéntese un éxtasis profundo y el lector se maravilla de que una mujer joven, una niña casi, pudiera con tal fuerza de expresión sentir tan hondo y comunicar este sentimiento de una manera delicada y emotiva al espíritu del que la lee y la admira.

Nacida en la bella y pintoresca ciudad de Santiago de Guayaquil, fué su cuna arrullada por las plácidas linfas del Guayas; floreció su infancia en los valles interandinos que guardan los colosos nevados del Chimborazo, el Altisana y el Altar, cuyas nieves eternas sólo derrite el sol vivificante del meridiano ecuatoriano.

Su alma siempre plena de todas las inquietudes y abierta a todos los ensueños tuvo ocasión de dar vasta extensión a sus anhelos al distenderse bajo otros cielos, en ilimitados horizontes, al visitar hermanos pueblos de la América como el Perú, donde la admirara Chocano dedicándola sentidas estrofas, Chile, Argentina, Bolivia, el Brasil, Colombia, Guatemala y Méjico.

En donde quiera que su estro fué conocido ganó espontáneo aprecio y caluroso elogio que ella confirma al conocerla personalmente. Su hablar de mieles y el lánguido

mirar de sus ojos negros, que reflejan como lípidos y fieles espejos, toda la hermosura de su alma grande y enamorada de las quimeras.

Un anhelo de perfección; una inquietud honda del más allá, un amor inconmensurable por lo bello y por todo lo bueno; una dulzura al par que rebeldía; un corazón lleno de las más exquisitas mieles y una inspiración elevada, se notan en los versos de *Flor de Té* que se saborean con deleite y llegan a la fibra más noble del alma humana, por que de ella expresan las más caras y anheladas ilusiones.

Unos poemas de la delicada poetisa ecuatoriana, escogidos al azar, dirán de su alma todo el sentimiento y de su musa privilegiada, toda la inspiración.

Gerardo Chiriboga

Presagio

Dicen las hechiceras que me han visto,
que mi vida será llena de gloria
que deberé mi dicha a lo imprevisto
y arrastrará mi nombre la victoria.

Que llevo algo singular, muy raro,
que me hará sufrir inmensamente,
pero un día, el menos esperado,
me podre libertar eternamente.

Que nací en un momento en que los astros
regían especial dominación,
y que debo cifrar todo mi orgullo
en los altos designios de mi constelación.

Que viajaré por tierras y por mares
y que al verme cruzar, por mi silueta,

llorarán los poetas sus cantares
y el artista amará más su paleta.

Pero una noche diáfana y divina
al girar de una danza en la cadencia,
me robarán la dicha unas pupilas
envenenando toda mi existencia.

Mis flores

Rosas enviadas por él
que bien cumplis el embaje,
rosas que sois el bajel
de su amoroso mensaje.

Rosas de mi corazón
rosas de mi fantasía,
rosas que sois como él,
todas perfume y poesía.

Amigas de mi emoción
hermanas de mi alegría,
embajadoras de amor
compañeras de mi vida!

Fe

Hace tiempo que ya te he convertido
en el príncipe azul de mis quimeras,
en monarca del reino de mi vida
y en el asta de todas mis banderas.

Te he puesto la Corona de mi anhelo,
el Manto de mis bellas ilusiones,
el Cetro del ideal de mis desvelos
y la Espada triunfal de mis canciones.

Te he encerrado en el templo de mi ensueño,
te he formado un altar con mi esperanza,
he encendido la antorcha del dios Eros
y elevo mi oración ante tus aras.

Mis joyas

No te inquietes por darme joyas vanas,
soy más rica que todas las princesas,
tengo fe, tengo amor y entre mis manos:
soberbio el medallón de tu cabeza.

Qué más perlas, que todas tus sonrisas,
tu recuerdo, en todos mis instantes,
espléndido el collar de tus caricias
y la luz de tus ojos por diamantes.

Qué más prendas anhela el corazón?
Haber no puede más valiosa arca
de sublime ambición para mi arcano:

En mi pecho la santa religión,
en mi sangre el rubí de raza incaica
y en mis labios el oro castellano.

Ventura

Qué dulce es esperar cuando se sabe
que ha de llegar aquello que uno espera,
que majestuosa surcará la nave
flameando del ensueño la bandera.

Que unas magas pupilas se adormecen
dorando la visión de nuestra imagen,
que unas pálidas manos se estremecen
al trazar nuestro nombre en un mensaje.

Que un corazón palpita emocionado
bajo los mismos sueños de recuerdo,
que otro pecho se agita entusiasmado
bajo la misma sensación del nuestro.

Qué dulce es esperar cuando se sabe
que ha de llegar aquello que uno espera,
que ya al interrogar no habrá un ¿quién sabe?
y mirar realizadas las quimeras.

Mis cartas

Penden como un rosario
de avemarías perladas,
las cartas de mis novios
con azules baladas.

Se ocultan muy discretas
cual tímidas palomas,
entre los cajoncitos
saturados de aromas.

Unas son blancas como,
el color de la espuma.
Otras celeste claro
como fulgor de luna.

Otras color de malva,
otras color de rosa,
otras todas violadas
como las mariposas.

A todas yo las quiero
a todas las abrigo,
a todas yo las leo
tengan o no motivo.

Todas contienen versos
y quimeras aladas,
de todas soy la única,
singular—Bien Amada—.

Todas a mí se acogen
todas me hablan de amores,
cual si yo fuese el hada
contra los sinsabores.

Todas contienen granos
de dorada tristeza,
en todas hay un tinte
de dolor y nobleza.

Las siento como a hermanas
como a fieles doncellas,
siento que me acompañan
porque todas son bellas.

Y desgrano en mis dedos
este hermoso rosario,
que le rezo a menudo
de mi pecho al santuario.

Qué?

Lo que pasa conmigo parece un cuento de
que lo hubiera inventado caprichosa [hadas
deidad,
un acontecimiento de las cosas más raras
que parece mentira, que parece verdad.

Y si yo lo contara, no sé si me creerían,
yo misma tengo duda, yo misma siento afán.
¡Oh el acontecimiento! de estas cosas tan
que parecen mentira, que parecen verdad. [raras,

A Rubén y Sandino

¡Oh Rubén! Ave lírica,
visionario y profeta,
presentiste el veneno
que nos brinda el sajón,
nos hablaste hace tiempo
de esa angustia secreta
que tu alma ya sentía
vislumbrando al traidor.

Nicaragua la hermosa,
Nicaragua la buena,
Nicaragua ¡Tu Patria!
sufrir ahora el rigor.
Crugido de granadas,
extranjeros aviones
estremecen tu suelo
en un gesto de horror.

¡Vive Dios! Y un solo hombre
da la nota de vida,

un solo hombre responde
altivo a la agresión,
ese hombre está consciente
en su pecho se anidan:
la luz, la fe, el derecho,
el deber y el valor.

La largura de tórax
y el cerebro pequeño.
El ave de rapiña
se agita en derredor,
con sus alas de oro,
caerá bajo su peso,
mientras triunfe el latino
con sólo el corazón.

Y solo va avanzando.
sin que nadie le ayude,
unos porque son presa
de estúpido temor,
otros no le conocen
porque están escuchando,
el sonido metálico
de los treinta dineros
en que venden su honor.

Lucha oh Padre de América,
que el Pendón extranjero,
no lucirá en tu cielo
ya impuesto, de baldón.
(Que ya tu bardo lo dijo):
«Porque antes la fiebre
y el reptil y el pantano
lo hundirán aplastantes
bajo el fuego del sol».

Y al ver este gran gesto
del hombre que defiende,

dos razas en su sangre
mil héroes en su mano,
todo el orgullo incaico,
todo el valor hispano,
veinte naciones libres
desde el Bravo hasta el Plata.

Si mi cabeza fuera
de algún valor sublime,
que redimir pudiera
la injusticia y el crimen,
para salvar el suelo
de Rubén y Sandino,
la entregaría gustosa
sagrada como un signo,
para que la cercenen
los Estados Unidos.

Un momento!

Ya presiento la clave del enigma,
el por qué de la muerte y del misterio,
el secreto del mar, de la serpiente,
de la esfinge, del cosmos y del genio.
Lo presiento, señores, lo presiento
y sin gritar ¡Eureka! no me muerdo!

Yo prefiero

Señor, se dice que cuando uno ha muerto,
el alma parte a lo desconocido.
A mí me intriga mucho ese extranjero
y quisiera saber por qué el motivo.
Aquí conozco donde hay paz y guerra,
y, te digo, Señor, que—yo prefiero,—
que se quede mi alma aquí en la tierra
y se vaya mi cuerpo!

El paso de Haya de la Torre por Costa Rica

UNO de los diarios de la tarde publicó en días pasados un cable de Méjico que dice de un artículo publicado en *Excelsior*, del escritor costarricense Rafael Cardona, en el cual se califica la propaganda de Haya de la Torre como «hueca y repetidora de argumentos resobados sobre el imperialismo».

¿Por qué será que yo tengo todo otro concepto de la propaganda que hace el señor Haya de la Torre contra el imperialismo yanqui?

Para mí si tiene novedad y no es hueca sino plena y si señala «medidas pertinentes y eficaces contra la invasión imperialista».

Es verdad que no tiene la novedad de los objetos de lujo que importan los comerciantes para la *gente bien*, pero en cambio nos ofrece algo que es una verdadera novedad para nuestra psicología: el dinamismo y el entusiasmo por una causa en cuya defensa no entra el interés personal.

Es una propaganda sin lirismos, ni gritos, ni golpes de pecho, ni brazos abiertos en gesto teatral. Es una propaganda en donde el concepto económico juega el principal papel. En ella no se encuentran grandes adjetivos, ni odio, ni denuestos ni lamentos, sino números, estadísticas, hechos.

Sí, son los mismos argumentos, las mismas doctrinas clamadas por otros profetas que han peregrinado por nuestra América con su palabra previsiva, pero que a fuerza de ser traídos y llevados y traicionados ya nadie atiende. Lo nuevo en Haya de la Torre es que presenta sus argumentos desnudos, sin el menor cintajo, sin una púdica hoja de viña, para que miremos bien su anatomía y no nos hagamos ilusiones sobre el empuje del pecho, la dureza de los biceps, la fortaleza de la espalda, la resistencia de las piernas, la agresividad de las mandíbulas y la capacidad del abdomen.

A pesar de lo hueco y resobado de la propaganda de Haya de la Torre, los gobiernos de Guatemala y El Salvador creen oportuno echarlo del territorio que manejan

y el cotarro de los diplomáticos supone eficaz el ponerse a intrigar contra él y a esparcir calumnias con sus manos ociosas para que la palabra que diga se ahogue bajo la cizaña.

Alguien podría argumentar que se le arrojó de esos países por agitador desordenado del pueblo. Sin embargo, convendría saber si son sostenes de esos gobiernos quienes tal dicen. Don Alberto Masferrer en El Salvador, por ejemplo, cree otra cosa. Él estima profundamente a Haya de la Torre y tiene que haber sentido vergüenza de que el Gobierno de su país lo echara por decir lo que no convenía a los intereses de los Estados Unidos.

De mí, sé decir que al escuchar a Haya de la Torre he sentido vergüenza de mi escepticismo cómodo y de mi pesimismo que no es otra cosa que ignorancia de la realidad que mueve el presente y el porvenir de mi país y el de la América Central. Su optimismo constructivo me ha puesto a ver lo bueno que hay en torno mío, los hombres, las mujeres y los niños sanos de mi pueblo, las fuerzas hermosas y las riquezas que se agitan en mi derredor y al mismo tiempo el anhelo de cuidarlas y conservarlas; un deseo fervoroso de ayudar a higienizar Costa Rica, por hacer campañas contra la sífilis y la tuberculosis, porque la escuela se empeñe en que los niños y los jóvenes cuiden y respeten su cuerpo. Mi voluntad se ha erguido no en enemiga de nadie, sino ansiosa de procurar limpieza física y espiritual a mis compatriotas, de modo que en el futuro sean sanos y fuertes y puedan convivir como hermanos con los americanos del Norte y no como sus siervos, porque la esclavitud envilece tanto al que la mantiene como al que la soporta.

Con el paso de Haya de la Torre por Costa Rica ha coincidido una actitud de noble vigilancia y de entusiasmo por parte de nuestros estudiantes. A mí siempre me dolía—con un dolor pasivo, es verdad—esta

quietud, este amodorramiento de nuestra juventud universitaria. Me parecía—tal vez por llevar las gafas que receta el pesimismo—que su ideal inmediato no era otro que el de procurarse una profesión con que llegar confortablemente a viejos.

Pero ahora comprendo que estaba equivocada, pues ¿qué significa este mensaje de los estudiantes de Derecho y de Farmacia a los estudiantes universitarios colombianos con motivo de la defensa de los propios intereses que hace el gobierno de Colombia ante intereses norteamericanos? ¿Y qué su

protesta por la prohibición de una conferencia de Haya de la Torre sobre la Doctrina de Monroe en una de las escuelas de la capital (prohibición que según decires se debió a influencias del Ministro de El Salvador)?

Son manifestaciones de juventud y de fuerza; indican la formación de un pliegue mental que en la vida externa se ha de traducir en una inteligente actitud de interés por la vida de su país, de vigilancia y de defensa de sus derechos, de su justicia.

Carmen Lyra

Octubre de 1928.

El saludo de Barbusse a Sandino

AL cabo de más de un año de lucha contra el poderío extraordinario de los Estados Unidos, el más fuerte poder material que hay hoy en el mundo,—un año de sacrificios y renunciaciones que hacen recordar a Kemal, a Krin, a todos los héroes y libertadores insignes—Sandino, el nicaragüense, el indo-latino, atrae la atención y junto con ella la admiración del mundo, haciendo converger hacia la pequeña patria de Darío un interés mundial sólo comparable al que rodeaba a los boers al finalizar el pasado siglo.

El Gobierno Yanqui a escogido a Nicaragua víctima del nuevo descuartizamiento que, en aras a sus intereses, va a imponer a la América Latina. El primero correspondió a Colombia, hace un cuarto de siglo. Pero en Nicaragua ha surgido lo imprevisto, el prodigio de la lealtad y la fe a la tierra nativa, la confianza ciega en la perpetuidad de los destinos de la raza, o si se quiere, el gesto desesperado de los que prefieren a la esclavitud, la destrucción. Hay nicaragüenses que no consentirán jamás en ser marcados como recuas en la farsa electoral a que los llevan de la mano traidores y marinos. La simpatía universal, instintivamente, se torna íntegra hacia los que combaten por su suelo y su libertad. Si los Estados Unidos tuvieran esa facultad de suprema defensa que se llama sensibilidad histórica, no dejarían de sentir la reprobación mundial unánime en esta lucha en que les corresponde el papel del gigante filisteo. Y la honda de David ha dado en el blanco: aunque, a la postre, los millares de marinos desembarcados con los más poderosos elementos de guerra lograrán dar al traste con Sandino, ya no es posible borrar de la memoria de la América Latina, ni de los demás pueblos, que Sandino, con un puñado de hombres, hambrientos, indefensos, perseguidos inclusive por su propio gobierno—como Villa en 1916—ha logrado sostener una guerra de años y de quien contra la sombra de Walker convertida en gran potencia dominadora del planeta.

Barbusse, el autor de *El Infierno* y de *Los Encadenamientos*, el intelectual que ha sentido en carne viva el dolor y la vergüenza de la Europa crucificada en la última guerra, se vuelve hacia Sandino enviándole el saludo de los proletarios y los intelectuales del viejo continente, solidarizados con la indignación y la protesta indo-latina que encarna el gran nicaragüense, cuyo nombre, junto con el de Darío, será en adelante el mejor blasón de Centro América. Barbusse, al descubrirse ante Sandino, señala a la Bestia de Oro, con el mismo apóstrofe que puso el furor en el canto de nuestro gran bardo Rafael López, canto que se ha convertido en un himno racial ya, y que lo mismo en Buenos Aires como en Guatemala o Madrid o París, ha hecho

estremecer a las multitudes al vibrar en los clarines de oro de la Singermann.

Europa conoce ya a la Bestia de Oro, no por desembarcos piráticos, como Centro América y las Antillas, sino por préstamos que se cobran a la veneciana, planes Dawes, comisiones interventoras de finanzas, y tramas de absorción de toda especie. Europa, la Europa proletaria e intelectual que representa bien Barbusse, la Europa de la postguerra, la que a la larga impondrá su criterio libertario, sabe a qué atenerse respecto a los «profesores de energía» que a la postre han resultado simples atracadores internacionales. Por eso, Europa comprende y aplaude a Sandino.

Humberto Tejera

Copia del original

Monde, hebdomadario internacional de información literaria y artística científica y social

Directeur: Henri Barbusse

Al General Sandino

General:

Paris, Juillet 1928

Yo traigo a Ud. con mi saludo de homenaje, el del proletariado y los intelectuales revolucionarios de Francia y de Europa, que en muchas circunstancias ya me han autorizado para hablar en su nombre para decirle que nuestra atención se fija con

entusiasmo en la heroica figura de Sandino y en sus admirables tropas.

Saludamos en Ud. a un Libertador, al soldado magnífico de una causa que, sobrepasando cuestiones de razas y nacionalidades, es la causa de los oprimidos, de los explotados, de los pueblos contra los magnates.

Saludamos en usted a toda la ardorosa Juventud Hispano-americana que se conmueve y se levanta enfrente de los verdugos del Norte, las Bestias de Oro, y a toda la multitud de trabajadores y de indios que a lo largo del Continente se agitan impacientes por ponerse en marcha para rechazar la maquinaria imperialista y capitalista venida del extranjero y en su lugar crear un bello mundo nuevo sobre las tierras que les pertenecen.

A la vanguardia de la lucha y del Continente que se disputa, usted, Sandino, general de los hombres libres, está representando un papel histórico imborrable, por su ejemplo luminoso y sus espléndidos sacrificios.

Nosotros estamos de corazón con usted

(f.) Henri Barbusse

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ₡ 0.50
El tomo (24 entregas) 12.00
El año, para el exterior: 2
tomos de 24 entregas cada
uno (oro am.) \$ 6.00

AVISOS:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa; más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

<p>CERVEZAS</p> <p>Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p>	<p>REFRESCOS</p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p>	<p>SIROPES</p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
--	--	---

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

El nuevo poema y su orientación

hacia una estética económica

y 3.—Véanse las dos entregas anteriores.

German List Arzubide, mexicano, representa la más tenaz actitud trabajadora. Pertenece a la escuela estridentista, donde ha producido bellos poemas de arte puro. List no ha hecho propiamente poemas revolucionarios, en el sentido doctrinario. Su libro *Plebe* no puede destacarle. Toda su labor ideológica reside en su prosa, fuerte, quizá de orientación un tanto anárquica, pero decididamente al servicio de los grandes postulados de la revolución mexicana. Su *Exaltación a Zapata* es un poema en prosa, donde el gran líder agrarista de América, adquiere las proporciones que sugiere su genio intuitivo. También es en *Horizonte*, «la revista más americana de América», donde podemos constatar la entrega total de este fervoroso espíritu a la divulgación de la obra revolucionaria de México.

Plebe está pues en un lugar secundario, pero como obra de índole proletaria, sin evidenciarse proletario el autor, queremos citar un poema:

La siega

Campesino

que vives en derruida cabaña
espiando el horizonte para ver si la lluvia se aproxima;
afilas la guadaña
que va a lucir el sol sobre la cima
y es hora de segar;

ya está el grano maduro
y la mano del patrón ya quiere el grano.
Siega pronto esa mano
que te quiere robar.

Tuyo es tan sólo el trigo,
tu sudor solamente lo ha regado
sólo tu brazo hundió el férreo arado.
en el solar amigo.

Y si hoy el patrón con necio orgullo
quiere el trigo que es tuyo
amparado en sus mañas de ladrón,
muéstrale que también tú tienes maña:
afilas la guadaña
y siega la cabeza del patrón!

Carlos Gutiérrez Cruz es en México uno de los poetas que más se ha acercado a la masa. Su poesía, dentro de la clasificación de la canción popular, está concebida en el tono arengatorio, imperativo de segunda persona y quizá sea por esto que se descubra al individuo que si bien se ha identificado con el alma del pueblo, no es un elemento salido de su centro. Ha hecho intensa propaganda social, en unión de ese fuerte espíritu de luchadora, Elena Alvarez, autora de cuentos y dramas proletarios de mérito, que la colocan en la excepción femenina mexicana.

Gutiérrez Cruz ha publicado sus poemas—canciones—en hojas sueltas, fáciles a la adquisición popular. Sólo ha editado un libro de título subversista. *Sangre Roja*, donde posiblemente no reside su mejor producción. Tomamos su canto *Al Minero*:

Minero renegrado por tanta y tanta sombra
el hombre que te nombra
te imagina
en el sórdido seno de la mina
con hambre muchas veces,
pero sacando a creces
el oro que germina.

Compañero minero,
doblado por el peso de la tierra,
tu mano yerra
cuando saca metal para el dinero.

Haz puñales
con todos los metales
y así,
verás que los metales
después son para ti.

La inmediata generación—la juventud con todas sus válvulas abiertas al futuro—queda en este mismo centro de gravedad. Amanecidos a la vida del arte en un momento de plena inquietud renovadora, no pueden sustraerse a sus imperativos biológicos. No es precisamente que haya una voluntad consciente de entrega—es que el desenvolvimiento de los fenómenos históricos determina las manifestaciones culturales de los pueblos. De ahí que este arte que se inicia en América, no tenga precisada su orientación ideológica. Será menester que nuevos acontecimientos sociales intervengan, para que el arte tome su verdadera ruta hacia una estética definida. Sin embargo, qué gran trayectoria se marca en la más reciente expresión cultural de estos pueblos. Ya más independizados del tutelaje europeo, aunque con voz internacionalista, se ven las posibilidades de creación de las nuevas fuerzas intelectuales. Y el poema va sesgando hacia la interpretación de los anhelos libertarios que conmueven al mundo, y que hoy tienen un reflejo especial en la vida colectiva de los pueblos de América.

Todos nuestros países cuentan con una valiosa generación intelectual, más o menos orientada en la nueva tendencia. Citemos a los más definidos y de más persistente labor revolucionaria. En Bolivia, Oscar Cerruto y Omar Estrella, el primero dice en belleza la tragedia del indio masacrado en ese gran país latifundista; Blanca Luz Brum, la valiente poetisa uruguaya que fervorosamente ha puesto todas sus fuerzas intelectuales al servicio de la causa emancipadora y quizá si representa en el Uruguay una de las pocas escritoras femeninas que deja la sensualidad del arte por el arte, para intervenir, estéticamente, en cuestiones sociales; Delahoza y Masikes en Cuba; Dromundo y Muñoz Cota en México; Julián Petrovick, Nicanor de la Fuente, Cesar Miró Quesada y Esteban Pavletich en Perú, todos ellos soldados militantes en las filas de la lucha social, y este último, gran trabajador y uno de los más fuertes, para quien la primera misión del poema es su labor de agitación. Ha publicado en afiches murales, seis poemas revolucionarios. Tomamos uno:

Alianza Popular Revolucionaria Americana

puertos fugitivos de América
donde se rotulan derrotas
con el mismo cartel de largo metraje
"made in U S of A"

rascacielos
standard oils
machados gómez leguías
sólo faltan en la rosa gris de nuestros vientos
el *Ku Kux Klan*
gran trust del linchamiento

pero allí
en las pampas de silencios vagabundos
como un unánime jalón de angustias
el grito inédito de América

A p r a

en wall street no hay un escaparate
capaz para este tumulto de auroras
izadas en los puños crispados por el
hambre

motores de piedra
para las rebeldías
autóctonas
tajantes
procreadas al calor marsupial del *Ande*

los ríos
camino viajeros
para nuestros jubilosos mensajes transoceánicos

en las almas indias
t i t i k a k a s
donde acuatizar las esperanzas desenredadas
en los bosques violentos del *Kuo Min Tang*

hombres de indoamérica
nicaragua será nuestra última tristeza

A medida que vamos examinando el poema moderno, va alejándose más la alegría de los himnos post guerra, florecidos como en una venganza a la pesadilla de los asesinatos sancionados por el mundo; los cantos a las grandes ciudades donde triunfa la fuerza y la mecánica, hasta llegar a los cantos donde el dolor es bandera de agitación. Cantos al futuro—toda América está en el futuro—.

No encontramos aún al poeta surgido del centro mismo de la plebe. No podrá darlo todavía América, donde la clase intelectual es la salida de las Universidades en su mayoría, lo cual está negado hoy para la clase productora. Esta sigue expresándose en canciones, que en México, la sierra de Perú y Bolivia, Argentina y Cuba, tiene características admirables y justo matiz proletario.

Pero ellos—estos de hoy—son los puentes inminentes al poeta del pueblo. Reincorporado a la vida expresiva y al derecho a la captación de la luz, el individuo que llevaba el cerebro como un fardo traerá nuevas armonías que coreadas por el martillo y la trilladora, sorprenderán los caminos del Arte.

Por honda comprensión que posea la clase intelectual de esta época su procedencia se enraiza con la burguesía, y de allí que aun tenga el principio asocial de su Yo expresivo. Su emotividad no capta aún el verdadero espíritu de la masa, y por tanto no puede expresarla. El mundo, la naturaleza y la vida para el espíritu burgués es totalmente distinto que lo es para el espíritu proletario.

Los poetas de nuestra generación precursora, si todavía amarrados a la expresión personalista, están más integrados a la energía social que es hoy lucha y aspiración colectiva.

Y a todo esto, ¿vamos descubriendo el sentido americanista del nuevo poema? ¿Es América que ya deja oír su acento representativo? Es el mestizaje de América que ha echado sus raíces hasta el caudal de las arterias interiores de la racialidad; pero por otro lado, los vientos internacionales con el acre perfume del mar, son los que humedecen su acento de emoción. La raza indígena, para quien en tanta parte se elabora la ardua tarea de su emancipación, la que casi no conoce el mar, apenas si tiene intérpretes mestizos—como el gran López Velarde en México que dijo lo que él descubrió, mas no lo que se desprendió como un fruto de su carne.— ¿No llega a dar ninguno de nuestros poetas la piedra dura de la raza tallada en trágico silencio?

Al Sur de América, junto al lago Titicaca de la leyenda, dos poetas identificados con la raza por sus tres cuartas partes de sangre indígena, están produciendo una nueva fórmula de belleza. Son los que más se acercan a la terca e ingénua idiosincracia del individuo arrimado a las vértebras andinas, que por tanto tiempo ha guardado avaramente sus emociones en su odio profundo a la raza de los usurpadores. Alejandro Peralta, el primer

poeta indigenista, en su libro *Ande* recoge cantos como éste:

El Indio Antonio

Ha venido el indio Antonio
con el habla triturada y los ojos como candelas

En la puerta ha manchado las cortinas del sol

Las palabras le quemán los oídos
y en la crepitación de sus dientes
brincan los besos de la muerta

A n o c h e

envuelta en sus harapos de bayeta
la Francisca se retorció como un resorte

mientras el granizo apedreaba la puna

y la vela de sebo

corría a gritos por el cuarto

Desde el vértice de las tapias
aullará el perro al arenal del cielo

De las cuevas de los cerros
los indios sacarán rugidos como culebras

para amarrar a la muerta

Hacia el sur corta el aire una fuga de buhos
y un incendio de alcohol tras de las pircas
prende fogatas de alaridos

A rastras sobre las pajas

la noche ronda el caserío.

Y Gamaliel Churata — espíritu hirsuto e indomado, soñador de la liberación del indio, como un nuevo Cahuide despeña desde los Andes sus galgas formidables sobre la cobarde clase latifundista. Este poeta, el más noble producto de las condiciones actuales de su ambiente — posee un fervor místico y une a la fuerza tempestuosa de su temperamento la honda emotividad de la raza más triste y más rebelde que hay en el Sur de América: la raza keswa. Churata es además el impulsador del teatro popular indígena, de definido fondo social y gran medio de divulgación cultural y artística.

Fuertes productos de una raza viva y en plena potencia en los países más céntricos de América del Sur, el arte del poema quizá sí es aquí donde tiene más gesto racial y rebelde. La poesía indigenista se ha iniciado de manera admirable, y hoy en Bolivia y Perú, se empieza a crear con amor este nuevo género de belleza.

Dediquemos un párrafo a la técnica del poema.

Una nueva modalidad vital, una nueva ideología mundial procreada por la guerra—y la revolución—dieron un arte disímil a todas las fórmulas preestablecidas. Era indudable que la técnica tenía que removerse en sus cimientos. Surgió una técnica ilógica, desequilibrada, sonámbula y que fué consecuencia de la multiplicidad de emociones que se vivían, catalogadas en los diversos ismos europeos, cuya finalidad única era el rejuvenecimiento del arte fosilizado por la academia. También América comprendiendo la nueva misión del Arte, pasó por estos ciclos transitorios, hasta llegar a la manera expresiva de la hora, sintética, sincrónica, metaforizada—porque la metáfora es elemento de belleza—pero enraizada a lo más profundo de la vida.

Varias escuelas surgen en América, con más o menos influencia en la producción del arte poemático. El creacionismo en Chile, el estridentismo en México, el postumismo en Santo Domingo, simplismo en Argentina. Todas de corta vida, pero de evidente espíritu renovador.

El nuevo poeta receptor de una emoción cósmica, es el

trasmisor de esa emoción de múltiples matices en la manera más humana. Y cuando lo sea más aun, al llegar al eje ideal de la despersonalización, plena y absolutamente, habrá surgido el poeta de la multitud, o mejor, se oirá recién la voz de la multitud, integrada en belleza, porque el poeta será sólo la representación de la emoción de la multitud.

Orientado el Arte poético—como el pictórico en México—hacia una tendencia esencialmente económica, ha quedado relegada a un último término su marginización en la corriente de la estética pura. El arte de hoy, que responde a una época de transformaciones sociales, es profundamente humano, prescinde de los preciosismos, para producirse libre y tumultoso, con nueva belleza inquietante en el dolor y la tragedia de la muchedumbre.

Y orientado así, socializado, soplando su canto a los cuatro vientos, su enorme eco tiene que apagar las tonalidades discretas del arte aristocrático, elaborado en torres de marfil, cuya decadencia total hace tiempo ha comenzado.

Además, el nuevo modo expresivo no tiene ya la misión de los *puristas*—deleitar— como una joya más para adornar a los privilegiados. El poema de hoy, con toda su esencial belleza, no produce el placer estético, desligado de humanidad—deshumanizado, marginado en el egoísmo del poeta que expresa el sentimiento de la clase dominante, engreída en su posición—sino la inquietud punzante de su llamado fuerte, arengatorio, venido de todos los ángulos de la tierra—las minas, el campo, la fábrica, el arrabal—para que, acordes con el momento histórico que vivimos, nos entreguemos a la

obra colectiva, despersonalizados, en el nuevo egoísmo nietzchano del sacrificio y el aniquilamiento de la personalidad, sumándonos como nuevos factores anónimos, a la energía central que dirige la lucha libertaria.

Y esto no es que pretendamos descalificar la personalidad que adquiere el poeta a medida que se relieves los méritos de su espíritu artístico. Pero no olvidemos que el deseo de construirse una personalidad, es característica anárquica cuando no burguesa. Y los más grandes son los que menos persiguen la consagración de su personalidad. Y hablamos de poetas de masas, forzosamente anónimas, de las cuales brotará la interpretación estética como una cooperación más al perfeccionamiento colectivo.

Hemos dicho: se oirá la voz de la multitud. Y añadimos: se interpretará recién el espíritu de la masa americana.

Saludemos este ciclo de grandes responsabilidades que vive nuestra América,—y el nuevo Arte de íntegras virtudes que está descubriéndonos que la Belleza—privilegio de una clase—cumple marxistamente su misión social, pasando al provecho de la gran mayoría desheredada, que con éste, señala un nuevo triunfo en su camino de reivindicaciones.

Magda Portal

Obras del autor

El derecho de matar. Edit. BANDERA ROJA, La Paz, Bolivia, 1926.
Una esperanza y el mar (poemas). Edit., MINERVA, Lima, Perú, 1928.
El nuevo poema y su orientación hacia una nueva estética. (Ensayo). México, D F, 1928.

1916-1928

(Viene de la página 264)

cuchar las voces distantes. Ortega ha dado la primera respuesta y llamado la atención sobre este punto del horizonte. Un anhelo de frescor atrae hacia aquí las almas mejores de la cultura central europea, hasta ahora cerrada en sí misma y ahora sedienta de crítica y objeciones fundamentales, de intuiciones del porvenir, de claras síntesis, ímpetus jóvenes y complementaciones originales.

Fernando Vela

Cablegrama de Auspicios

José Ortega y Gasset

=De *Caras y Caretas*. Buenos Aires=

ATRAVESANDO el encendido agosto de Andalucía, don José Ortega y Gasset, nuestro supremo valor intelectual, el valor fuera de las circunstancias y las logrerías, va a tomar un vapor que le lleve a la Argentina.

Nos deja solos a los que compartimos con él casi todos los días, pero nos consuela el que lleva a la gran ciudad, que es la otra capital de la lengua, la maravilla de su verbo y la novedad comprensiva de sus ides.

Quedarnos solos en el recinto de la Revista en que él habla todas las tardes es mucho más desconsolado de lo que pueda creerse. El único consuelo nuestro es verle aparecer y oír su palabra ilusionante y, contra mucho de lo que se ha dicho, desvanecedora de pesimismo.

Todo nos ha resultado injusto e irresoluto en el día; ninguna sílaba ha podido descifrar-nos las mudeces del presente; el correo, como en lunes, ha estado parco; la vida entera ha parecido repetir un día ya vivido, es decir, ha parecido andar hacia atrás, pero ha llegado Ortega a su redacción de *Occidente* y ha dado explicaciones optimistas de lo que ha de suceder y muchas veces de lo que va sucediendo.

Nada se ha añadido a nuestro peculio, no vemos al salir a la calle ningún camino conducente, pero la explicación de Ortega nos ha dado capacidad satisficente, conformidad de sabiduría, estoicismo de estar en el secreto. De un modo sencillo e inefable nos ha dado una riqueza superior a la de las consecuciones y algo superior también al ser urgido de autoridad. Nos ha dado mayor conocimiento de esto que rueda a nuestro lado y que se envuelve en más zorro misterio del que parece.

Ortega—don José, como yo le llamo siempre por ser él don José por antonomasia—nos ha proyectado en estos días de despedida la iluminación ultravioleta de Palermo y ha justificado ante nosotros el deber de su andanza pintándonos un pueblo ávido y compresivo, que ama la sabiduría con el mismo ardor callejero y vital de la política y en cuyo puerto siempre parece que ha llegado un héroe en un aeroplano cuando llega un conferenciante con luces verdaderas.

Más entonado que nunca, con algo de estatua de piedra que perorase, Ortega es la máxima figura española, y eso que se aísla en la soledad de los poetas después de definir el mundo en las cátedras y después de fletar barcos y barcos de papel en las juntas editoriales. Yo le he visto en momentos muy solemnes y también en sitios en que reinaba la confusión intelectual y él, con un solo asterisco trazado con su mano de profeta, deshizo la solemnidad e inmunizó de la confusión. Hasta en el ambiente de los salones aristocráticos, tan difíciles de transitar como el mar a pie, Ortega dice «venga usted conmigo» y se muestran fáciles y nada resbaladizos los parqués y se encuentran asientos aseguibles y damos con rincones confortables para la palabra, y es que allí donde don José se sienta se entiende todo y se puede decir todo.

Temas diferentes y hondos lleva a las tribunas argentinas, pero sobre todo lleva la aclaración contemporánea, la exegesis del presente, el tornar aseguibles el arte y la ciencia.

Una tarde preguntamos curiosos por una de esas raras enfermedades que acaba de definir la medicina, y los doctores que hay en la reunión se niegan a explicárnosla porque para conocer de ella, dado lo abstractos que eran los datos y los términos médicos, habría que ser un verdadero técnico.

Ortega, sencillo, comenzando en un tono bajo de absolutos, da una clara explicación de lo que es aquella enfermedad y de la complicada teoría de las indefensiones.

Otra tarde el átomo brilla como una chiribita de los ofuscados ojos juveniles y Ortega entrega misterios del átomo y hasta presupone lo que en la realidad puede ser la quinta dimensión.

Otra tarde se habla del desierto, y el desierto, que es la idea más vaga e incierta que se conoce, es limitado por Ortega, que pinta a esos cortesanos que, cuando más en plena soledad se cree el viajero, aparecen a su vista bailando sobre las arenas, con baile de barcas femeninas que se hunden y flotan.

Otra tarde se habla del Polo, y Ortega presenta ese explorador poco conocido que se dispuso a vivir con arreglo al medio, sin llevar ni una lata de sardinas ni la consabida galleta de ahorro, y construye su casa de hielo—dentro de la que vive en mangas de camisa por el calor que se siente—y su salud es maravillosa, hasta que un día tiene que ir a la ciudad lejana y allí agarra una pulmonía infecciosa.

Ese maestro único, al que seguimos sin el rubor que da todo mal proselitismo, va a esa gran ciudad que vemos envuelta por una aurora boreal inacabable, como fenómeno esplendoroso de la juventud, y al verle partir sentimos que vamos nosotros con él, y volviendo los ojos alrededor hacia los mejores hombres nuevos que nos rodean—y que son engendros del más viejo periodismo—hemos visto en el andén de partida que todos le entregaban el voto de su fe.

Ramón Gómez de la Serna

Apresiasión

TENÍA la idea de que en el hispano-americano había algo de falso alarde de parte de ese grupo llamado intelectuales, y hasta había llegado a la creencia de que tales señores, fastidiados de cumplir con la faena a que se obligan quienes están marcados con semejante epíteto, se habían dedicado a perturbar a los Estados Unidos de la América del Norte; ha rectificado mi juicio el conocimiento de Haya de la Torre, y ténganse para sí, las gentes amigas de la paz, que no se trata de un revolucionario sin camisa, sino de un muchacho a quien toda idea de libertad parte desde el más bondadoso y amplio de los caracteres.

Es juicio común entre nosotros el ver en todo combate una amenaza para los intereses personales sin tomar en cuenta que quien predique: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS DE CADA REPÚBLICA, cumple con el más humano de los deseos que cabe en la palabra patria.

A los señores timoratos les convendría oír que Haya de la Torre no anda haciendo guerra a nadie; sencillamente trata de despertar a los latino-americanos el amor al terruño y recordarles, si lo han olvidado, que defender lo propio no es ponerse en mal juego con los otros sino sencillamente cumplir con un deber de raza.

Es cruel oírle los proceder de algunos países: va a contarle a un pueblo con la mejor de las intenciones que debe ser libre, que sólo trabajando el legado de los viejos se puede contrarrestar la fuerza de los poderosos en dinero, y lo meten a la cárcel;

más allá lo expulsan; eso sí siempre optimista, siempre rodeado del contento que causa estar con el derecho, siempre acompañado del amor, para él sagrado, que tiene por la América Latina.

Huelga decir que es muchacho, y que su peregrinación tiene forma de cruz, y bien se puede recordar que los maderos generalmente los carga la juventud. No usa en la oratoria los elevados términos de uso profesional; es de suyo convencer por la razón, su fin es positivo y sabe que los números valen más que las flores del lenguaje.

Haya de la Torre habla de los contrastes y cuentas de la forzosa salida de un país, para sentarse al día siguiente en la república vecina en un banquete. El sabe, como el barómetro del tiempo, lo que mide la llamada libertad en cada uno de los países.

Está entre nosotros, ama nuestra república tanto como las otras que forman lo que nos corresponde en el Continente. Ha dicho, que cuando este pequeño país solicite de los otros la atención, tendrá que pedirla don Joaquín García Monge; sabe desde luego, y tal vez mejor que nosotros, lo que valen nuestros hombres.

Su gesto es acaso quijotesco, pero él revela que aun queda entre nosotros dignidad, lleva consigo la más alta de las misiones: la de recordar a cada uno lo que vale la patria, lo que cuesta vivir entre la misma familia, la necesidad que tenemos de progreso. El solamente pide la hospitalidad, que le debemos.

Max Jiménez

San José, Costa Rica

Tablero

= 1928 =

Advertencia.—Los artículos que en los cuadernos del *Rep. Am.* salen sin decirse de dónde se toman, son inéditos; de los autores directamente los hemos recibido. Algo que, por cierto, nos da gusto, nos honra mucho y agradecemos tanto.

De tal modo ha aumentado en estos últimos tiempos la *colaboración directa*, que nos vemos obligados, en adelante, a restringir un poco las *reproducciones*.

Los **procónsules** del nuevo Imperio siguen endiosando a los tiranuelos que padecen casi todas las repúblicas indo-españolas.

Otras declaraciones alarmantes acabamos de leer en *La Prensa* de Nueva York, edición del 12 de octubre pasado.

Léanse, reflexiónense; confirman lo que ya vemos venir con signos pavorosos: la asociación—siniestramente calculada—del imperialismo yanqui con los despotismos locales hispano-americanos.

Washington, octubre 11. — El embajador de los Estados Unidos en el Perú, Mr. Alexander P. Moore, después de su entrevista con el presidente Coolidge, declaró lo siguiente:

«El Perú tiene ahora un presidente que reúne las cualidades de César, Napoleón y Richelieu. Tiene el genio de César, el comando de Napoleón y la diplomacia de Richelieu».

Moore anticipa un arreglo inmediato entre Chile y Perú sobre la disputa Tacna-Arica.

...Interrogado por el presidente, el embajador Moore se hizo lenguas de la grandeza de Leguía y dijo que la actividad en el Perú, especialmente en la construcción de rutas y en el terreno de minería, transporte, agricultura, industria y comercio, eran excelentes para el comercio con los Estados Unidos.

Dijo que esta oportunidad, bien explotada por las compañías e intereses de los Estados Unidos, han venido a ser medios valiosos para cimentar las relaciones amistosas entre los dos países.

Mr. Moore cree que la industria cinematográfica está afectando vitalmente la inteligencia mutua entre los Estados Unidos y el Perú,

A este paso, tememos francamente que la cosecha en los tiranuelos criollos aumente y se perpetúe en esta desgraciada América nuestra. Porque así conviene a los intereses sin entrañas de Wall Street.

Del Lic. Alfonso Carrillo publicamos en el cuaderno pasado una carta. Un amigo de Guatemala se expresa en estos términos del Sr. Carrillo:

Adjunto ahora una carta firmada por el Licenciado Alfonso Carrillo, actualmente Juez de la Instancia del Departamento de San Marcos y uno de nuestros jóvenes abogados: entre ellos de lo primero. Se refiere ella a un artículo que salió publicado en uno de los números del semanario.

Recomendamos la lectura de *Margarita Ogilvy*, de Barrie. Véase lo que de esta obrita maestra dice nuestro amigo y colaborador, el excelente chileno *Ernesto Montenegro*.

Del *Repertorio* la pasaremos a una de las próximas ediciones del *CONVIVIO*.

Trasladamos a don Víctor Guardia Quiros estas palabras de Rafael Cardona:

Le encargo un abrazo a Víctor Guardia Quiros por su noble actuación. En la decadencia de nuestra dignidad nacional, él representa la última protesta quizá. Aún a trueque de perder amigos, felicítelo de mi parte y dígame que estoy con él. Esto puede Ud. publicarlo.

(Fragmento de carta)

América

Revista mensual de cultura Indo-hispánica

DIRECTORES:

Alfredo Martínez. Guillermo Bustamante
Augusto Arias. Fernando Chaves

DIRECCION POSTAL:

Directores de AMÉRICA

Apartado N.º 75

Quito, Ecuador. S. A.

Índice de libros.—La interesante revista mensual de bibliografía así titulada ha publicado su tercer número. En él dice los libros que han aparecido en mayo y junio últimos, completando la noticia bibliográfica con un resumen breve y suficiente para orientar al lector respecto al contenido y tendencia de cada obra.

Esta labor, que está hecha con cuidado y concisión hábil, supone una positiva ventaja para todo el que por necesidad o vocación desee conocer el movimiento editorial al día.

La administración de *Índice de Libros* (Prado, 14, Madrid; España) envía número gratis a quien lo solicite.

Cuántas personas quieran saber qué libros aparecen mensualmente, así como las características de cada uno de ellos, deben leer *Índice de libros*.

El número 5-6 de esta interesante Revista de Bibliografía, que hemos recibido, inserta los publicados en los meses de julio y agosto últimos.

Referencias:

Ya el gigantesco Esquilo, genio arrebatado de la locura dramática, nos presenta grandes dramas históricos, *Los siete contra Tebas*, *Los persas*, en que la masa es el protagonista. Es el drama de la individualización del pueblo griego. Nuestro Cervantes llevó al teatro su *Numancia*, y con los dramas históricos sólo de Lope podría componerse una historia dramática de España hasta su tiempo. Dramas históricos reventando vida abundan en nuestro teatro; modelo de ellos aquel vigoroso cuadro de *Las mocedades del Cid*, en que palpita la nación castellana entera. La serie de dramas históricos de Shakespeare es acaso lo que más raíces le da en el pueblo inglés. Goethe llevó al teatro un pueblo vivo

con su *Goetz de Berlichurgen*, en que se ve la agonía de Alemania feudal; y Schiller hizo desfilar la guerra de los treinta años en la portentosa tragedia de *Wallenstein*. Dramas son todos ellos poderosísimos e imperecederos, mil veces más grandes que los infortunios de cualquier adúltera mujer, porque es irremediable la vulgaridad del adulterio.—*Cita de M. de Unamuno.*

...comedias de Cubillo de Aragón—el autor de *Las muñecas de Marcela*, honda comedia.—*Cita de Azorín.*

En Jovellanos, bajo una apariencia de serenidad, de ecuanimidad, se ha dado, a lo largo de toda su vida, un conflicto entre el pasado y el presente...

En la literatura, el antagonismo íntimo ha producido dos obras de una singular belleza: una, este drama prerromántico de *El delincuente honrado*; otra, la maravillosa descripción del castillo de Bellver, en Mallorca.—*Cita de Azorín.*

Dibújase ya el coro moderno en *Los Tejedores*, de Hauptmann, robusta pintura de aquella dramática revolución de los tejedores de Silesia, que cantó Enrique Heine y dramatizó antes que Hauptmann Freiligrath.—*Cita de M. de Unamuno.*

Etimologías:

Sirvanos de ejemplo no un vocablo, una frase, *entrar de hoz y de coz*. Cuando se averigua que el vocablo *hoz*, usado en algunas regiones en el sentido de encañada, garganta o desfiladero, deriva del latín *fauce*, garguero, que es de donde sacamos el diminutivo *hoc-ico*, y cuando se averigua que *coz* es el latín *calce*, calcañar o talón, que ha cambiado en el uso corriente de significado por la misma razón que decimos *dar un palo*, averiguado eso, ¿no adquiriera precisión la frase «entrar de hoz y de coz», es decir «de hocico y de calcañar», «de pies y de cabeza»?

Se cree de ordinario que *malogrado* es *mal logrado*, y aun lo he visto escrito así. En averiguando que es *mal augurado* (*malum auguratum*) análogo al italiano *sciagurato*, de mal agüero o augurio, víctima de un mal destino, el vocablo adquiere en la mente nuevo relieve.—*Citas de M. de Unamuno.*

Señas de escritores:

A. Carneiro Leao.—LIVRARIA F. ALVES. Rua do Ouvidor, 166. Río de Janeiro. Brasil.

Tasso da Silveira.—Rua Licínio Cardoso, 99. Río de Janeiro, Brasil.

Vicente Sáenz.—Apartado 22 Bis. México, D. F., México.

Pablo Abril de Vivero.—Legación del Perú. Maura, 4. Madrid. España.

Humberto Tejera.—Huertas 14. Actopan. Mixcoac, D. F., México.

Antonio Uslar Pietri.—Principal a Santa Capilla, No. 6. Caracas, Venezuela.

Antonio Grillo.—Colpayo 482. Buenos Aires, República Argentina.

Alberto Mostajo.—Apartado 33. Puno, Perú.

B. González Arrili.—Av. del Trabajo 2361. Buenos Aires, República Argentina.

Antonio Herrero.—Calle 64, N.º 1040. La Plata. Rep. Argentina.

Arturo Ambrogi.—San Salvador. El Salvador.

Tristán Marof.—Calle Génova 80. México, D. F. México.

Rafael Cardona.—Manzanillo 45. J. 3. Colonia Romana. México, D. F. México.

Salvador Novo.—Díaz Covarrubias 4 A. México, D. F. México.

Bibliografía titular

Proyecto de Constitución para la Isla de Cuba. Por el Dr. Joaquín Infante, Caracas: 1812.—Imp. Americana. 1928.

Repródcelo, añadiendo un comentario bibliográfico, S. Key-Ayala. Caracas, 1928. *En vivo del Sr. Key-Ayala*

SEIJI NOMA, *Magazine King of Japan*. A. Sketch of his Life Character and Enterprises. Tokyo. 1927.



El traje hace al caballero y lo caracteriza

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández